

**Eyo**  
**-Ella y Yo-**

**Tamara Domenech**

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.  
Eyo -Ella y Yo-. 32 Clases, viajes, charlas. 2020.

Domenech, María Tamara

Eyo -Ella y Yo- / María Tamara Domenech. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: online

ISBN 978-987-86-4263-5

1. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A860

**Eyo -Ella y Yo-** Es un libro compuesto por 32 capítulos, la cantidad de clases que dimos con una profesora en un centro universitario en las afueras de la ciudad de Buenos Aires.

Estos capítulos evocan algunas de las conversaciones que tuvimos mientras viajábamos en auto, encontrándonos en Av. San Martín y Juan B. Justo o Av. Beiró y López de Vega, atravesamos la Avenida General Paz, Panamericana, al atardecer y volvimos de noche.

La escucha se mezcla con mi voz y produce Eyo, un fluido de asociaciones, una sucesión intercalada entre lo oído y lo vivido, espacios en blanco, contornos de percepciones que nunca coinciden con los conceptos a los que aluden, hilos sueltos, un nuevo color.

Conocer a una persona provoca su expansión en la rutina. Como si a partir de una acción simple, sumergir un pincel en un vaso de agua, se creara una función: quedan aureolas, movimientos, incertidumbres, atisbos hasta cerrar una nota, entregarla en secretaría, despedirnos y cerrar un cuatrimestre.

Que sean así los días venideros.

La posibilidad de un viaje

una charla

movilizar lugares comunes

en un cruce crucial de coordenadas finitas y compañeras.

## Jaula

Los canarios son una especie inventada. Una decoración con corazón. Juntitos. Quietos. Cantan. Parece increíble la imaginación de los seres humanos. De laboratorio. Controlada. Si fueran sólo especies salvajes ¿cómo seríamos? ¿estaríamos acá? ¿cómo nos llevaríamos? El amor múltiple, espeso, una mata. Me encanta pero me mataría. Soy tan miedosa. Alguna que otra vez un fantaseo. Pero soy parecida a los canarios, voy de acá hasta allá. Lejos nunca. Ni con la cabeza. No puedo. Extraño. El viaje es un deambular cuando hay sol. A la noche se quedan todos callados. Si los vieras. En fila. Nunca por separado. Aunque claro, no tienen idea de la solidaridad. Es una empatía de máquina, instrumental. Cuando alguno anda medio pachucho, los demás le hacen la corona de la muerte. Es una especie de curva al final del camino. La forma de un bumerang inmóvil. Y se lo comen despacio. Tripa por tripa. Queda todo limpio. La bandeja en un costado, las plumas amarillas en el centro, un ramillete de flores de sapo arrancadas del cuerpo. No lloro ni nada. Se ve que me acostumbré. Vi tanto en estos años. Me molestan los que lloran. Son como chicos que por cualquier cosa una lágrima. La falta de maduración me desespera. En cambio, un cuerpo verde ya va queriendo, un puñado de carne recién nacida, ya va ir creciendo. Esperar sí, llorar para qué. Entonces le dije al que era mi marido: vos ayúdame con el espacio, yo los crío. Me imaginaba una jaula con la dimensión de una mansión dos pisos, jardín, cochera. Que vos pasaras caminando o en auto y te detuvieras. Un sueño sin repetición, una colección privada pública y te quedaras cerca para pispiar. Una casa, no un emprendimiento. Nosotros dormiríamos en el fondo. Nada del otro mundo. Una de madera sobre un peldaño como las que improvisan los albañiles mientras construyen un edificio. Así hasta el fin. Me parecía que de esa forma le rendíamos honor a la sustancia animal de los seres humanos. Entreabierto para una visita. Darles el primer lugar, pensarlos dueños o de dónde venimos. Era inclinar la balanza hacia un progreso mágico, en cambio de vender, destruir y construir para volver a comprar. No nos alcanzan los años para ver cada aventura realizada en solitario. Yo quería en bandada. Que los vecinos pasaran y vieran alas expandidas. Levantarnos con una canción. El que era mi marido: no, vos estás loca. La cría la haremos en este ropero. Entonces sacó nuestra ropa y la desparramó en el jardín, pulóveres, medias y vestidos, flores estampadas sobre la tierra. De eso ya nos íbamos a ocupar. Mientras tanto, desclavó unos estantes y los colocó donde no estaban. Donde había vacío impuso con martillo un espacio para los machos. En la cúpula iban a estar las hembras y los pichones en el centro, donde antes había cajones. Para las rejas retorció el elástico de un colchón. Cada tantos tirantes una ventanita negra. Si vieras cómo quedó. Los canarios eran la adquisición. El amor dejaba de ser una idea abstracta. Ahora los acariciábamos, los trasladábamos, nos movíamos acorde a sus necesidades, escuchándolos, nos escuchábamos.

## Papel picado

Un camino de papel picado después de un festejo es una constelación de algo que no existe y podría, perfectamente, existir. Blando. De colores. Azul nube. Verde copa de los árboles. Amarillo rayos de sol. Rojo manzana. Dejaríamos huellas por donde pisamos. Después, con el paso del tiempo veríamos la decoloración como señal de la planificación de una nueva fiesta, agasajo, celebración. De qué. De lo que sea. Cualquier cosa. La nube. Los árboles. El sol. La manzana. A veces, cuesta encontrar a alguien que quiera festejar. No digo las mismas cosas que vos. Digo simplemente festejar. Fiaca. Nostalgia. Cansancio. Trabajo. Televisión. El cuerpo se cierra en su órbita. Pierde movilidad. Me pasa que siento así la energía de la gente. En sillas de rueda. Sentados. Porque no existen camas con ruedas llevados por enfermeros de civil. Sin uniforme. Nos deformamos. El otro día, haciendo mandados vi a una chica, no tendría más de diecinueve, veinte años, en sillas de ruedas. La llevaba su mamá. La hija iba con un ramillete de apio entre las manos. Tenía un vestido gris, zapatos marrones y una manta amarilla. El ramillete de apio erguido constituía una esperanza. Un altar. No como los de antes. Sino como los de ahora. Con quiénes una querría casarse. La libertad no es sólo elegir. Es actuar esa elección, practicarla, predicarla, llevarla a los lugares más remotos. Por ejemplo, la vereda. Un mandado podría ser un paseo. O al revés. No son las cosas que hay que hacer. Son cómo las domás. Yo me doy cuenta queuerzo hasta encontrarme en lo que haga. Estoy atenta. A punto de enamorarme. Me podría volver a pasar porque me pasó. Son sensaciones con forma de sanación. No son las gasas las vendas las sondas el alcohol. Es una manera de mirar el piso, el cielo, a los costados. Hay muchas personas que saben lo que quieren mirar. Eligen. Saber es una limitación. En cambio a mí me pasa de no saber. No querer saber más de lo que se presenta. Este piso. El de mi casa grande. Cuatro hijos. Un marido. Dos perros. Cien canarios. Repleto de papel picado. Por partes mojado con agua, jugo y vino. Me indica. No limpie rápido. Esperá. Disfrutá de lo que pasó ayer. También dejalo. Estirar es ir a contramano del mercado. Pensar múltiples posibilidades en la quietud. Sé que podría pagar a alguien para que lo hiciese. En unas horas quedaría como si no hubiera pasado nada. La limpieza mata el tiempo. Silencia la música, las palabras, los pasos de baile. Por eso me quedo en este sillón. Traigo sandwichitos. Entra el sol por la ventana. Estoy sola. Ladran los perros. Cantan los canarios. La radio está encendida contando cosas que no oigo. Palabras en el aire como si fueran globos. Toco el piolín de una de ellas. Me muevo suave. Vivo hasta explotar y, cuando caigo, con todo mi peso sobre el papel, no me lastimo. Eso necesito. Caminos de papel de color, hechos de palabras que el tiempo escribe y borra, en contra del cemento. Anti cementerios. Caminos vivos. Cuerpos que se reúnen y festejan cualquier cosa.

## Un hombre

Dos camperas fantasmas en la noche, agarradas de los puños, cruzan la calle. En una esquina, una lámpara con forma de luna, apoyada sobre el piso de un comercio exhibe iluminando lo que es el amor. A mi me pasó desde joven. No es una ilusión querer vivir día y noche ilusionada. No me gusta la literalidad. Te amo, te odio, te extraño, llego a casa y te llamo. Sorprendeme. Llévame de la mano por una calle oscura, sin nombre y hacé que yo confíe. No sé cómo. Eso créalo vos. Con tu imaginación. Casi no hay. Se practica en los primeros años se olvida rápido. La madre, el padre, las caricias. En seguida, viene el deber, el comportamiento, las notas, los resultados. El hombre se las ingenió para ir en contra del amor, en todos los ámbitos de su vida y circunstancias. Miedo, control, apariencia, no sé, qué sé yo. Me hartaron. Cada uno de los que conocí me quise casar. Ser feliz en una casa con jardín, dormir con otro, abrazar. Un cuerpo es un jardín. El paraíso de una idea es un cuerpo. En vez de eso. La cantidad de acciones que inventamos para no estar cercanos es inaudita. No entiendo. Subir, bajar, entrar, salir, caminar, dictar, manejar, limpiar, ir y venir. Cómo cambiaría nuestra vida bajo el lema: "Mínimas Acciones", sería el lado oscuro, el fondo de la bolsa de comercio. El amor dejaría de ser financiero, un espectro. Hola mi amor, cómo te fue. Sentate. Contame. Agarrame y listo. Por ahí, me quedo dormida y, si sueño algo espantoso, cuando abra los ojos lo primero que voy a ver es tu cabeza, tus ojos, tus piernas. Pero no. Todo al revés. Yo pedí entre dientes lo que escribo y, a cambio, recibí engaños. Qué vi en los tres o cuatro de los que me enamoré. El gusto es una trampa. Que hay buenos mozos, claro que los hay, facheros les dicen mis hijas ahora, pero yo que estudio el lenguaje, es decir, la traición, no dejo de asociar fachero a facho, macho, machete. Qué se piensan, que con esas espaldas, con esos brazos, con esas narices hacen un esfuerzo para el lado contrario. Si es fácil, por qué la complican. Voy a contarte un caso concreto. Mi primer amor en el colegio secundario. Un hombre con ideas, ideal que terminó siendo un fiasco. El peso de esa cabeza era un ancla. Lo que costaba moverla. No te imaginás. La piel quedaba atontada, quebrada para nada. Entonces para qué besarlo. Si la razón era más pesada que la lengua, no sirve. Las relaciones con otros autores más espesas que la propia saliva, no sirve para nada. El otro día me pasó algo inusual. Estaba haciendo fila para tomar un micro de larga distancia rumbo a La Plata, la ciudad donde nació mi padre. Esa es otra historia que ya te voy a contar. Y ¿adiviná lo que me pasó? Mirando para atrás, me pareció verlo. Y me dio un calambre, un calor. Volví a girar y no estaba más. Hasta que lo intenté por tercera vez y me di cuenta que la suma de distintos hombres creaba una imagen parecida a su rostro. Los anteojos de uno, los pómulos de otro, la frente de otro, los rulitos de otro más. Y recién ahí me di cuenta. Que para hacer uno había necesitado a un montón. Por eso seguí buscando el amor cuando me separé.

## Ideal

Un ideal ahorcado con una corbata rayada mitad negra mitad bordó. Deja el saco azul echado sobre el sofá, acostumbrado a su olor, sin verlo más, lo retendrá. Todavía no existen tintorerías de tapizados. El pantalón recién sacado. Queda gacho. Las piernas. Apenas, un borde blanco interior de la costura de los bolsillos. Vacíos. El dinero quedó en otra caja. Al final era lo que menos importaba. El exilio. La manutención divertida lotería. Todas las semanas. Sin suerte. Creer que uno no merece. Mecerse en una hamaca invisible entre la vida y la muerte. Esa mujer. Rubia. Alta. Que había conocido en el secundario y nunca más le había soltado la mano. Su única familia. La hija que tuvieron. Cuando regresaron no quisieron quedarse en una casa desalmada. Así la veía después de toda una vida. Los muebles en su lugar irradiaban aureolas de amigos que ya no estaban. Se habían ido de la peor manera. La historia asusta. Moda, gusto y tradición. Tres eslóganes con los que nada se define de manera profunda. El cuerpo de mi amigo hecho una lámpara con el foco quemado. Una cabeza que apagaba de golpe palabras estrechas para acontecimientos enormes. ¿O fue al revés? ¿Palabras enormes para acontecimientos mínimos? No. El amor por la política. La disposición de los cuerpos alrededor de una mesa. Nadie puede quedarse sin comer. Pero no alcanza. Nunca fui de esas que se quedan con los brazos cruzados. Esperando qué. Hacerlo. A mis amigos de antes los sigo reconociendo, a través de una vitrina que encierra pasos. Para evocarlos, imito sus modos de caminar. Algunos pensarán ¿y está loca? A mí lo que piensen los demás me tiene sin cuidado. Fijarse en otros es correr el foco de tus sentimientos. Por ejemplo. Cuando lo vi no me dio tristeza. Dije lo entiendo. Quién es uno para juzgar. Y, en seguida, me di cuenta de lo contrario. Uno es un amigo, un familiar, alguien a quien se estaba por conocer. Y lo empiezo a putear ahí colgado desde una distancia baranda, piso. Le grito. Este final digno de un exhibicionista. Encima en ropa interior. Y confluyen en un punto de la pared dos matices de luces. Un velador y el farol de la policía. Una luz interior y otra exterior forman una tercera luminosidad sobre sus muslos y su espalda. Mezcla de bronca y encantamiento. En este estado: ¿hay que bajarte?, ¿quién lo hará?, ¿habrás pensado en quedar así para siempre? Y por un momento creo que, sostenida tu decisión, se vuelve dulce. Te pondría boca abajo, tus brazos extendidos, tus piernas como si fueras un pájaro. Así hasta desvanecerte. En tu casa nido nadie abriría la puerta durante años. Si siguiera viva me llamarían como tu confidente y yo entraría sin miedo. Sólo juntarte del piso de manera suave. Sin la necesidad de ningún forcejeo. Con guantes de lana o piel poner cada pedacito en un pliego de papel manteca estampado con el manifiesto y envolverte. Hasta hacerte entrar en un sobre y llamar a quienes te amaron, pedirles que se pinten los labios, hombres y mujeres, para dejar besos rojos.

## Corriente

El exceso de responsabilidad es no haber tenido padre. Querer chapotear tranquila los pies en el agua, sin botas se mojan. Algo muy divertido arruinado. Cuando tenía doce años vivía en Luján, si vieras cómo se inundaba, una barbaridad. Cerca del río parece una emboscada. No son bucólicas las palabras que lo demuestran. Una cosa es el vaivén, la crecida, los barcos, los rayos de sol cuando atraviesan el horizonte. Otra, son los rebales, el barro, los cuerpos desaparecidos de un momento al otro por la corriente. Con mi mejor amigo, siempre fueron varones, las mujeres me cansan con sus espantosos, qué hermosa palabra que la Real Academia Española no acepta, sobre el triunfo y el fracaso de las palabras que aleccionan al diccionario, otro día hablaremos, a lo que voy, es que con él, después del almuerzo íbamos hasta la orilla y nos sentábamos en unos bancos de piedra y, como el agua a veces llegaba hasta el asiento, sumergíamos los pies en un ensueño. Mitad de nosotros era cierta, la otra estaba entre algas, aleteos y viejos anzuelos. El problema era que, como no llevaba botas de goma porque mi padre estaba enfermo, no trabajaba y no me podían comprar, me mojaba los pies, me enfermaba y para qué. Al otro día, tenía que, no sólo verlo a mi padre postrado en una cama, inmóvil sin poder hacer nada, sino escuchar a mi madre, una tortura: te dije y te lo repetí una y mil veces, no vayas, no hagas, no te diviertas. Me traés lío, todo mojado y quién tiene que enmarcar este desastre, yo. Era un cuadro triste mi casa. Con marco de madera de puertas y ventanas, el barniz salpicado y adentro nosotros. Una familia típica de clase media, a duras penas, una madre ama de casa, un padre que trabajaba la tierra pero se las ingeniaba para conocer sobre tractores, cosechadoras y molindas y tres hermanos. Dos hombres y yo. En quién recaía la incapacidad de mis padres, en la mujer, encima, la mayor. Entonces me iba con las medias al baño, me las sacaba, las lavaba en el lavatorio con jabón blanco y las colgaba de dos broches sobre un pequeño ténder. Después, me iba a dormir hasta que mi madre, otra vez: vení a poner la mesa, sacarla, por qué me hacés esto, ¿no te das cuenta? Y creo que ella no se daba cuenta de las edades que teníamos para ver y vivir ese disparo: sin dinero, comíamos lo necesario, mi padre bueno enfermo, no podía enojarme con él, sólo atenderlo. Un día que mi mamá dijo: hasta aquí llegué. No aguanto más. Yo no elegí una casa todo el tiempo cosas para hacer. Sin ayuda. Tener que mantenerlos a los tres. Nunca me imaginé este dolor. Entonces para no desesperarme, qué hacía yo. Encendía una radio interna que pasaba canciones las veinticuatro horas. Y le rezaba a mi amigo, que vivía no muy lejos, que me enviara energía para levantarme, así acomoda a mi papá inmóvil en una cama y barría. Hacer me mantenía viva. Mi padre las sábanas mojadas y sus desechos. Abrí las ventanas, pedí un papagayo a una vecina, introduje el pene en él. Lo otro era el abandono. El río. La corriente para un lado contrario a donde querés estar.

## Alumno

Un maniquí del tamaño de un niño sin cabeza dejado sobre un árbol no lo va a adoptar. ¿Una materia viva a una inerte? ¿O sí? ¿Cualquier materia puede adoptar a otra pese a que no sea de su especie? Quizá se dé por contaminación, a partir de que se derritan los materiales a temperaturas altas. El verano. El proceso sería el siguiente: el maniquí al perder su forma, caería al suelo, provocando un charco de carne artificial. Por una rendija de la vereda, por un agujero, aquélla llegaría hasta la tierra, en la que está prendida la raíz del árbol. A partir de ese momento se produciría una confusión, una absorción. En más, los resultados esperables serían: que el tronco, ramas, hojas o frutos cambiaran de color, de marrón y verde a piel, un árbol de piel; del que, en vez de frutos, nacieran pequeños maniqués comestibles o que sus ramas, directamente, nacieran con la forma de brazos y piernas. Esto es un pensamiento que no ocurre. Por el contrario, se comportan como compartimentos estancos, si te he visto, no te conozco, una ignorancia casual. Entonces estaciono el auto para llevármelo porque no podría llevarme el árbol. Y, una vez en el baúl, rumbo a dar clases, pienso en la palabra alumno. ¿Son maniqués sin cabeza? A los siete años yo ya sabía leer y escribir. Había entendido que, una cosa era el registro oral y otra, el registro escrito. El registro escrito no es la copia del registro oral sino seguir las líneas de sus contornos. Hay alumnos que no piensan pero no es su culpa. La culpa es nuestra. Una escuela es un lugar para dejar de pensar y repetir aspectos inútiles de los útiles. Fechas, lugares, nombres, operaciones, oraciones, de manera separada se disecciona un cadáver. El lenguaje. Pobre chico. También es un maniqué sin cabeza. Hacernos pensar que no lo creó nadie, semejante a dios. El amor por el lenguaje es el amor por la reparación. Lo que hago con cualquier muñeco que ande tirado. Es darle un nombre y que te acompañe hasta pensar dónde querría ir él. Para eso pasa un montón de tiempo. Tanto, como la cantidad de años en la escuela. En total, si no me equivoco, casi quince. Tenés un lenguaje adolescente, un arcoiris. Cuando llegué al aula bajé con él y lo acosté sobre un pliego de hojas blancas dispuestas en el piso. Dije: dibujen el contorno. Y dentro de él, pueden escribir palabras, pintarlo completamente o intercalar colores con oraciones. Los estudiantes esperan una clase formal que los deforma. Después conversamos. La copia, a mano alzada, realza la ausencia del objeto. En cambio, el trazado del contorno del muñeco evoca una presencia. El maniqué estuvo acostado pero antes apoyado en el tronco de un árbol, antes en una vitrina, antes entre manos que lo vistieron, antes en un horno, antes en la mente de un matricero, antes en el pensamiento de un dibujante, antes en la materia mezclada, antes en la materia sola. El tema es qué hacer ahora. Le inventamos una cabeza al inflar un globo, zapatos de cartón, remera y vestido de papel. Luego, un rostro. Lo levantamos y creamos un lenguaje efímero con músculos de mentira para una historia verdadera, una vida por delante.

## Amante

Una manzana perfectamente dividida deja al descubierto su corazón de semilla. La decisión con la que se corta algo no es casual. La seriedad. En mi caso, la del que fue mi amante, me asusta. Hay otras que no. Por ejemplo, la concentración para la creación de una nueva fruta. La seriedad, en mi opinión, proviene de un tipo de susto en serie. Una rueda de bicicleta. En el centro, un nudo metálico del que se despliegan rayos de acero hasta llegar a una esfera de goma circunscripta. Una inteligencia para vivir redondo. Encerrado. La asfixia que me provocan las figuras geométricas es para un tratado anti tarado. Cualquiera se da cuenta que la diversión es adivina escapa el marco. Pero este hombre tenía amor por del funcionamiento de una bicicleta. Cuando lo conocí, pensé lo contrario. Una aventura. Que me sacaría de los pasillos de los colegios hacia otros de pasto, acantilados. Pero no. Siempre el mismo circuito: conocidos, canasta, bronceador, llanta, medalla. Cuando llegaba a casa tenía la cara quemada, me sentía un sapo explotado y él: pidamos comida que estoy cansado. Empecé a percibir mi cama, el sillón, la mesa, los adornos, la ventana, el piso en círculo, me mareaba. Qué espero yo del amor, me pregunté. Pero la pregunta siempre nace de un dolor, una desilusión, una separación y yo ya estaba separada. Por qué había elegido volver a vivirla. El cuerpo aliviado y roto; sobrecargado y liberado; todo por hacer, nada por hacer. Un amor es alguien que escucha y pregunta, entonces le pregunté: por qué cuando volvemos del circuito entro en cortocircuito. Y para qué, él no, es antipensamiento. Nunca se le ocurrió andar juntos en bicicleta hasta perdersen. Él me quiere para que lo acompañe porque ama sus piernas. Y le dije: mañana te dejo solo así hacés tus valijas. Cuando vuelva no te quiero ver más. Quiero estar sola. Al otro día, como todos, cuando salí del trabajo y encendí el motor del coche me intrigó pensar en qué consistiría encender el motor interno. Y, el hecho de no responder enseguida, produjo coronas de flores en cada respiración. Llegué y me senté en el sillón, encendí un cigarrillo, me serví una copa de vino y abrí la ventana del balcón. Ni siquiera el olor había dejado. Entonces pensé que llego a frases cortas después de mucha cháchara. Las palabras son esquirlas de oro. Por qué regalárselas. A un chico. Bueno. Pero él se comportaba como un chico malo. Un viejo. Que no quiso crecer. Un mantenido afectivo. Un anciano con el cordón umbilical al descubierto. Un asco. Me había podrido. Ahora dejaba entrar el aroma de la albahaca, las margaritas y el romero. Sin hambre y sin hombre ya me iba a volver el apetito. Para tranquilizarme me acaricié la cabeza como lo hacía mi papá y me toqué entre el cuello y el comienzo del omóplato. Me saqué un final. Una ya sabe más o menos cuando la cosa no va pero la estira, caricia de chicle pegajosa, dañina. Sin gusto. Habría que preguntarse sobre cómo extenderlo. Hasta dónde llega una primera ensoñación. No es redonda la forma. Son bastante deformes los sentimientos. A pata ancha, el cielo abierto, concentrada en una sola estrella, así, me dormí.

## Botella

Una botella de tequila no te deja tranquila. En el hall de un hotel cerca del mar, aunque haya hecho frío, mi corazón estaba tibio. El que era mi amante, su prima, el marido de la prima y yo. Camperas, bufandas, medias de lana, gorros, dejamos así no más una montaña de ropa sobre un sillón y el marido de la prima de mi amor nos muestra una botella, que se ve, tenía escondida entre la ropa y su piel: ¿qué tal si nos tomamos unas copitas antes de la cena? Yo encantada. Desinhibida. Al borde del qué vendrá. A una determinada edad no espero más que una charla pero con una copa creo que, cualquier palabras dicha por cualquier persona, llegaría a sorprenderme. Cuando era joven no. Para nada. Tenía una soberbia que me llegaba hasta la coronilla. De reojo miraba al resto. Creía que el amor, la bondad, la magia eran excepcionales. Que esas sensaciones no te pasaban con cualquiera. Entonces estaba bastante sola, ahora que lo pienso, no me interesaba tener amigas. Me parecían aburridas. Siempre los mismos temas. Problemas. Todo palabra. Nunca una acción. Por eso me gustaba más estar entre los varones. Te hablo desde otra época. Entonces si no era con ellos, prefería quedarme en mi cuarto leyendo, dando clases particulares, ganarme unos pesos y comprar cosas tan elementales como un par de botas de lluvia. Me acuerdo, todavía, de un par rojo. Hasta que me fui de mi casa lo conservé en una caja separada de los demás recuerdos. Ahí no más pensé, que nunca me iba a faltar nada si estaba dispuesta a no convertirme en un lamento. No me gustan. La vida te tira un balde de agua y te tira la toalla. Muchas personas se quedan mojadas. Heladas. El placer les es indiferente, rimbombante o creen que no lo merecen porque es más importante el sacrificio. Por lo que sea: padre, madre, trabajo, hermano, hijo. Yo eso lo tuve claro desde los doce años que me hice grande ayudando a mi padre a hacer pis. En esta vida yo quiero lindo, cómodo, agradable, en paz. No este enchastre. La orina, a veces, se desparramaba y tenía que pasar el trapo de piso debajo de la cama. Y con ese lema llegué hasta este hall, en el que me convidan una copa de tequila que me deja tranquila. No me cuesta disfrutar pero a los amantes que elijo, sí. Ese es mi karma, mi cama, mi duelo. En ese momento mi amor qué dijo: yo me voy a dormir, para mí fue suficiente. Una insuficiencia en su capacidad de disfrute. Su incapacidad. ¿Qué hago yo con un discapacitado? Siempre las mismas preguntas. Entonces le contesté: andá mi amor, andá tapate y acostate. Yo me quedo en el bar del hotel con esta botella escondida para que los encargados no se den cuenta que estamos tomando algo que no compramos. Algo que ya teníamos, que ya traíamos. Nuestra capacidad de echarnos en un sofá de pluma después de trabajar todo el año, descalzarnos un poco las zapatillas y charlar de cualquier cosa. No me apuro por hablar ni por escuchar una revelación. Me dejo sorprender por los tonos, tonterías, las pausas, la gravedad o su agudeza. No sé de qué depende. Hay voces, a partir de las cuales simplemente, comento: es un cantante, alguien que por ahí nunca cantó. Y ahí no más, se me cae una lágrima, porque pienso que las palabras no lloran, sólo si se las canta y que esa emoción provoca una inclinación hacia el oído que está dispuesto. A mostrarse atravesado con una flecha, a no exhibirla, sacarla despacio como un trofeo que se lleva entre las manos, un vaso, las ganas de brindar, convencidos, de que nos va a pasar algo mejor.

## Torta

Una torta de chocolate a la que se le hace un círculo en el centro para que, luego, sea más fácil cortar porciones, da la sensación de una cueva caen gotas de dulce de leche y crema, un refugio oscuro no es seguro. La maternidad. Cuatro hijos a los que les pusimos dos nombres. Uno tradicional: Juan, Manuela, María, Ignacio y otros alternativos: Iván, Natasha, Tamara, Camilo. Quedaron así: Juan Iván, Manuela Natasha, María Tamara e Ignacio Camilo. Una mezcla que propicia la batalla. A veces, me recriminan cómo se les ocurrió ponernos estos nombres, separados vaya y pase pero juntos son injustos. Y la verdad es que tienen razón. Las ideas, a veces, no son agradables y en eso no pensamos con mi ex marido. Lo que sí hicimos fue establecer una arcada entre países cuyas ideas nos convencían y nombres de nuestra historia para que se arraigaran. De los cuatro ninguno se hace llamar por los nombres de otras tierras. Todos establecieron contacto con los de acá. Juan Manuel de Rosas. Manuela Pedraza. María Remedios del Valle. Ignacio Warnes. A los cuatro les festejé cada cumpleaños hasta que se fueron de casa. Ahora, la verdad es que si me preguntás, prefiero aquello. Los invitados, los médicos, la casa, los pájaros, los perros, la comida, no llegar a fin de mes, las discusiones, ayudarlos con la tarea, que esto. El silencio que vivo ahora me cala los huesos. Como viste el otro día, todo ordenado tengo. Sin vida. En una caja guardé dos o tres juguetes de ellos que no quisieron llevarse y cuando vienen mis nietas se los muestro. Los objetos se sienten contentos con la visita. En seguida, cambia de color el plástico, el contacto con la piel los vuelve rosas, amarillos y celestes. A mí me pasa igual. Pero después, sé que se van a ir. La visita es eso. La estructura de una relación. Un ratito rico, bonito con un final triste, feliz. En cambio, cuando vivíamos juntos no había estructuras. Era imposible. Para sostenerlas tendríamos que haber contratado a un árbitro, un referí, una señora que nos ayudara, un doctor. Y nada eso. Nosotros nos arreglamos solos. Practicábamos el campamento: amuchados, conformate con lo que hay, es precioso si nos reímos un rato. Así fue la infancia, la adolescencia. La juventud ya fue más complicada. Cómo se desune una unión. No es cortar un pastel. No sabemos si le duele o no le duele. A nosotros nos dolió un montón. No porque se fueran porque eso era de esperar sino cómo, adónde, con quién, qué iban a hacer. Me pasó de comenzar a practicar un pensamiento en hilera, a ver María: terminó la secundaria, ya casi termina la facultad, tiene un novio cara de oso, van a vivir a un mono ambiente que les subalquila la madre de aquél. ¡Dame un abrazo y siga su camino! Y así, con cada uno, hasta que llego a Juan, lo miro a los ojos y me contesta: má, yo me voy a un cuarto de la casa de mi novia porque sabés que estamos esperando un bebé, terminé el secundario, no quiero hacer una carrera. Voy a trabajar cuidando a mi hijo. Y hago un silencio. Pienso en la cantidad de maestros particulares que pagué para que terminara cada materia. Con lo hábil que es para los idiomas. Podría hacer un profesorado, dar clases, generar una entrada de dinero. Un hijo no se cuida si el padre o la madre no se cuidan, pero no digo nada. Le acaricio la cabeza. Él me dice: ya sé que no soy lo que vos esperabas: mecer, cambiar, sacar a dar un paseo, calmar, dar de comer. Una torta. Hacerla como vos me la hiciste una vez a mí. Alrededor de la cual dijiste: una cueva no es un lugar seguro. Y pensé, sin embargo, es dulce. Ahora estoy viviendo lo que esperaba vivir.

## Cerezo

Una casa hecha con cerezas al marrasquino, sostenidas por palillos de madera no constituye una certeza. Mi cuerpo. Podría desmoronarse. Me pasó después de dar a luz. Vi oscuro. Color sangre. La ventana. La cortina. La calle. Mi cara. La de quienes me acompañaban. Mi vientre. Mis manos. Mi hijo. No quise agarrarlo. Me parecía que estaba hecho de líquido. Proclive a desalmarnos. Un precipicio desde la baranda de la cama hasta el piso. Constituye un camino de infinitas hormigas. Sentía un cosquilleo. Mareo. Tengo que ver un punto fijo cualquiera. Relacionar mis fluidos con una sustancia externa. Una botella de vino fría. Pedía. Para tocarla y, enseguida, me daba seguridad. Una madre parada de mi lado que nunca me abrazó, sin embargo, me cuidaba. Una botella es alta. Podría haber pedido el pie de una lámpara o un perchero. Convertí el recuerdo de la mía en una persona verde con etiqueta dorada. La imaginaba con un delantal para cocinar y me tranquilizaba: tomá al niño. ¿No te dan ganas de tenerlo un rato? No, era mi respuesta, como si lo único que quisiera fuera tomar un fondo blanco de alcohol. Y hacía un ruido al apoyar el vaso en una mesa blanca de hospital. El bebé se despertaba y no podía escuchar su llanto. Era espeso concreto a diferencia de nuestros cuerpos. Entonces, como no podía asistirlo, venía una enfermera buena: ya se le va a pasar. Voy en busca de un biberón. Tu mamá se está preparando para acunarte. Tenés que darle un tiempo, un ratito. Todavía recuerdo su flequillo y sus rulitos que parecían de madera sobre la frente. Su aspecto de muñeca me daba gracia, una esperanza. Así durante un mes. Con una botella parada al lado de la cama, la enfermera y el bebé en una camita con un trajecito que le había comprado antes de nacer. Eso sí, había podido. Y un bolso. Y la pieza con un cuadro hecho con un avión de juguete y nubes de algodón. Y atender a otra hija que, hasta hacía poco tiempo, había estado internada por una infección. Los hospitales eran un lugar nuevo para mí. A mi papá lo había atendido yo. Lo había enterrado. Vi en ellos ojos y aparatos. Encontré otras palabras: ya va, ya se le va a pasar, no tenga miedo, las sensaciones son malos recuerdos. A partir de esa palabra me fui recuperando. Una mañana al despertarme tuve la certeza de una idea. Yo le había pedido, por favor, a mi marido que me hiciera este bebé. Era lo que más quería en el mundo. Pensaba que una forma de creer en él era poblarlo con hijos deseados. No sé en qué momento había empezado a confundirme. Toqué la sábana blanca y me resultó suave. Reconocía las uñas de mis dedos. Me detuve en el bretel de mi camisón y en mi pezón. Hinchado. Fuerte. Incliné mi torso hacia un costado. Después hacia el otro. Desde la cama vi el cabello del bebé. Marrón. El perfil de su nariz como la mía. Sus cachetes y su boca. Toqué el botón para llamar a la enfermera. Enseguida vino y me agarró de la mano: lo sabía. Se iba a poner mejor. Llevo un mechón de pelo atrás y me sugirió bañarme para empezar de nuevo. Es una forma de decir. Seguir. El agua tibia arrastró costras de mucosas de varios colores enredadas. Así las ramas de los cerezos, finas, decididas. Rosada mi cara ya me pertenecía. Pedí que trajeran un ramo de flores. Arranqué una y me la puse detrás de la oreja. Entonces me acerqué por primera vez a la cuna, agarré al bebé y me lo puse en el pecho. Una semana. Y dos. Y así. Una estación en una casa encerrada que me hizo soñar con calles, árboles, personas de cerezas. Hijas de los cerezos. Un perfume invadió mi corazón y el de mi hijo, también.

## Tarde

Un parche de lino claro con el dibujo de un atardecer, el mar y un conjunto de palmeras constituye un paisaje hermoso sobre un pantalón roto. No me gusta exagerar. Negar. Ni enloquecer. Prefiero pensar. Aceptar. Dejarme llevar por lo que entiendo. No por lo que no entiendo. Yo no fui una madre melosa: qué lindo sos. Como te quiero. Déjate hacer una caricia. Para mí fue mejor dejarlos cerca pero sueltos y que cada uno, por sí mismo, entendiera la cualidad. Los pasos. Los tiempos. Los contratiempos. La sonrisa. El mal humor. Una madre puede ser el sobretodo, bajo el cual, los chicos se mueven ocultados. Yo, en cambio, me levanté la pollera para parir y dejar que, despacito, gatearan, hasta llegar a caminar. Donde les quedara cómodo. Sano. Fuese una aventura. A veces pasa que la ropa se rompe. Las relaciones. Pero con cierta distancia se pueden recomponer. Las manos que cosen no lo hacen sobre los ojos. Con mis hijos me pasó de mirarlos más que de tocarlos. De ayudarlos con las palabras más que con las manos. Tuve un metro interior que medía la distancia para querernos. A upa un rato. A upa no. Un grito y ya es suficiente. La verdad, me cansaste. Y los bajaba como diciendo: hay certezas arriba. Más abajo. Andá experimentalas. Y pasó que me llamaron por teléfono los cuatro y dónde se habían ido. A tomar mate con facturas alrededor de la tumba del abuelo. A mí me dio risa. Hablarles les hablé de él. Pero nunca lo conocieron. Es difícil transmitir una traición. Hay personas importantes que se van jóvenes. No están y, sin embargo, transmitieron brillo. Mi padre toda su vida cultivó flores. Para mí que, si uno está en contacto ocho horas por día o más con un material, se produce una mimetización entre los materiales y el cuerpo. Cuando me miraba, la pupila se dilataba, un capullo; las pestañas se movían, hojas verdes; los párpados, pétalos de rosas. Era un espectáculo mirarnos. Sin extras. Sin decoración. Sin resentimiento. A mis hijos no pude mirarlos de manera encantada porque estuve en contacto día y noche con lápices y lapiceras. Deben haber sentido el poder punzante, de una aguja, la palabra. Quizá cuando hablaba, del único abuelo que tuvieron, lo hice con colores claros que pasaban por la cabeza de la aguja y, de una manera danzarina, iba uniendo la nena que fui, la mujer que soy, la madre, mi deseo, los recuerdos. Nunca queda bien el borde zurcido de una tela sobre otra. Queda raro. Un perenne extrañamiento. Ellos allá y yo en mi departamento: y qué hacen. Charlamos de cualquier cosa, alrededor de la cruz. Como si nos hubiéramos juntado en un parque, un bar o en tu casa. Tendría que ser así la muerte. Una charla en la que la tierra nos escucha y, a cambio nos da un brote, una señal orgullosa. Tu camino hoja. Tu camino hijo. Tus atrevimientos. Colocar un parche es colocar un parque, en el que otros, en ese agujero verían la necesidad de descartar. El sistema político es un sistema espiritual. No son cosas separadas. Las manos y los ojos. Los ojos y el paisaje. El paisaje y la mano factura. La manufactura y los sentimientos. Los sentimientos y la transmisión. La transmisión y el trabajo humano. El trabajo de uno, los otros y los del más allá.

## Alimento

Despertar a los alimentos amarillo flan. Parecen atontados. La pierna del amante cruzando la parte de mi cama, la desalma. Lo que me hiciste. ¿No te das cuenta? Parecía un gato acobachado, un montículo escondido debajo de las mantas. Cansado había dicho, suficiente. Sentí una vibración en mis manos. Dejé de pensar. Mis ojos se dirigían de un lado hacia el otro de la habitación, sólo picaportes y puertas. Hasta que vi un velador. Lo arranqué. Y lo tiré. Escuché el estruendo de mis sentimientos. Había llegado a un límite de hierro. Con flores trabajadas en los bordes hasta la perilla de la luz. No funcionaba. El amor. El borde del acantilado es un desborde. A un paso estás de la profundidad, la desesperación. Hay niebla en esta habitación, llena de humo, ya perdí la cuenta de cuántos cigarrillos fumé. Dos o tres atados. A quién le importa. Sobresale su cabeza de bebé: no sabía que te ibas a poner así. Siempre entendés tarde, le contesté. Pareciera que te gustara hecha una furia. Cara de lámpara encendida. Por qué te tengo que repetir. Sos un chico al final. Ni a mis hijos tuve tentación de pegarles. Es algo que está pegado, adherido, queda un camino de plasticola cuando querés sacar. Deja marcas. Las calcomanías de la bicicleta. El tiempo que tardás en despegarlas. Con la piel pasa como con cualquier otro material. Es segura hasta que se rompe. Pero tus respuestas no son cualquier desperfecto técnico, son un desperfecto crónico, siempre llamando la atención. Un hombre grande. ¿No te da vergüenza? Vinimos hasta acá para qué. Contame. Qué planes tenías. Ganas de perjudicarme. Yo no sé, ¿todo el tiempo acunado querés estar? No soy un rodado. Me dan ganas de pincharte con el metro interior desde el cual crié a mis hijos. Con ellos esa distancia era sinónimo de distención. A vos me dan ganas de dañarte. Algo me pasa. No estoy bien. Nunca me pasó de sentir este calor en las manos. Me temo. Entonces salí al pasillo del hotel. Con la misma ropa con la que había tomado un tequila y lo había pasado lo más bien con la prima de amante y su marido y me dije: si ellos se llevan réquete tranquilos, ¿qué me pasará a mí, que soy lo contrario? Pensá, por favor, qué tendría que copiar de ella para tener a alguien dicharachero, qué digo tener, estar y que la pase fenómeno: respirar, trabajar, caminar, mirar a los ojos, entender que los ojos se ríen si el otro no dice siempre lo mismo. Algo distinto. Lo que sea: me quedo para mojarme los labios en este vaso y por ahí empiezo a ver un cuadro desdibujado de sí mismo. Salgo a la vereda y enciendo otro cigarrillo pero no lo fumo. Saco una hoja que tenía, perfectamente doblada, del bolsillo de la campera y la quemo. Realizo un dibujo paciente. Dos corazones quemados. Me cansé de esperar. Entonces llamo a una de mis hijas, la que menos me regaña y le digo: no te pediría esto si estuviese en mí. Pero pensá que te habla una amiga, otro familiar. Preciso que vengas a buscarme. No sé qué soy capaz de hacer. Mi hija contestó: guardá las manos en los bolsillos y pensá en algo rico. Por ejemplo, un flan tibio, amarillo, despertá tus partes dulces, son las sanas. En un rato salgo a buscarte. Con cada respiración pensá que lo cocinás, rebalsa el molde en el que entrabas, ya no entrás más. Tu calidez chorrea por la mesada e inunda donde pisás. Tu ser de vainilla quiere que escribas con una cuchara otras palabras. Qué palabra sería que no sea seria.

## Antivacaciones

Una planta hecha de libros alta, te sobrepasa, te habla. De qué, para qué, por qué existen las vacaciones. Me desarman. De lunes a viernes tengo una rutina: gimnasia, aula, cenar con la televisión encendida, comer pan con queso. Al otro día, más o menos lo mismo, no nací para descansar, me vuelvo triste enseguida. Tomar sol, pasear, comprar. Soy un derrumbe. Por eso, me anoté en un programa antivacaciones. Se hace un campamento, al que sólo podemos llevar un poco de ropa, todo lo demás son libros. A la mañana desayunamos, luego leemos. Nos organizamos para cocinar. Almorzamos, nos reunimos en comisiones, discutimos y a la hora del mate exponemos los temas. Siento que revierto la historia de mi abuela. Cuando era chica vivía con su madre y un piano. La madre trabajaba día y noche para mantenerla, el padre las había dejado y ella fue criada por el instrumento. Aprendió a tocarlo como le pareció, sin lección, él se dejaba tocar como un perro fiel de madera. Con su lengua de felpa, verde inglés, le acariciaba las manos. Pero como no tenía público, puertas cerradas doble traba, a excepción de algún vecino si la escuchaba, sentaba en el living a sus muñecas. Tenía tres, una con el pelo gris, otra pelada y una última con chupete. Y las hacía escuchar todas las tardes un repertorio inventado, repasado contra la soledad. Las vacaciones me llevan a ese living, persianas bajas, párpados que protegían a mi abuela de un ensueño que creaba para pasar el día porque no conocía otra cosa. Yo con los libros me volví glotona. Marginal. Lo que no se comparte genera vicio. Cómo se reparte la literatura. ¿Leés en cualquier lugar por el que pasás: la calle, un negocio, la puerta de la casa de un amigo? ¿Cortás cada página para convidar con quienes te encontrás? ¿Construís camas, aparadores, avenidas, edificios de ladrillos escritos? ¿Los pegás, dejás de verlos para no pensar? Repartir lleva implícito el verbo corte, un dolor. Y lo que yo quiero es lo contrario. La expansión. ¿Cómo repartís sin cortar? Y la respuesta a la que arribé fue: enseñando. Con un solo libro y un conjunto de voces que se lo vayan pasando. No sé hacer otra cosa, no tengo algo máspreciado que repartir. Los objetos están hechos de ecos muertos (el editor, corrector, el encuadernador, el imprentero) por eso prefiero el sonido de mis zapatos sobre el piso, los textos sobre el escritorio, las mesas y las sillas movidas en las aulas, el murmullo de los estudiantes, parecido al de una sala previa a un concierto. Hasta que el iluminador baja las luces y comienza la función. Eso es un profesor, alguien que inicia una ceremonia. Y deja que, quienes aprenden, la culminen. Como si existiera la palabra justicia contra la soledad. El piano cierra la tapa, guarida de las teclas y abraza con su cola a la niña, la lleva a conocer el living del mundo. Los libros forman puentes, pasadizos, túneles, escaleras para que, al pisarlos, escuchemos las voces que hay adentro y se mezclen con las nuestras u otras nuevas. Entonces, ya no hay silencio ni aplausos secos sino un trabajo. Una fantasía hecha realidad es una idea. En la que el sol no quema cuerpos desplomados en las playas, los levanta hacia un objetivo anti consumo, la piel exhibe el tiempo que le dio inicio, junto con otras y otras más, en un roce sin venganza, parecido a una conversación, cada detalle hay que estar atento, el cuerpo como colador de las palabras vividas, hay piezas que quedan arriba, otras abajo, cuáles traspasaron ínfimos agujeros hacia otras superficies sobre las que caminaron personas parecidas a nosotros pero con otros aspectos. De cuáles y por qué queremos descansar.

## Autorretrato

Sobre este cenicero, que contiene la ceniza de los últimos días, dibujo con un cigarrillo un autorretrato. Me llamo María, me dicen Mana, tengo sesenta y dos años, mido un metro, setenta centímetros. Pelo castaño claro, caderas anchas, cintura chica, poco busto, ojos grandes, dientes perfectos, labios sonrientes. Pantalón azul, camisa a rayas, pulóver celeste, sobre todo verde y botas nacaradas. Antes, trabajaba catorce horas por día. Ahora, seis y me canso. Hoy por ejemplo, llegué de un estudio. Mi mente está intacta, mi cuerpo envejece. Sacar el auto. Manejar. Encontrar estacionamiento. Explicar a los médicos. Acostarme en una camilla. Eran tres. Mirándome. Sin que los viera. Los escuchaba: ¿esto será así, esto será así? Qué piensa el resto. Yo no comprendo cómo la medicina estudia las partes de un cuerpo sin cabeza. ¿No se daban cuenta que no estaba dormida sino acostada y desnuda? Creo que un robot me hubiera hecho sentir más cómoda. Me acuerdo un día con uno de mis hijos bebés que el auto estaba en el taller mecánico, habíamos tenido que movernos en subte, para mí fue un susto y para el bebé también: las bocinas, los andenes con sus letreros Peligro, líneas amarillas que indicaban por dónde se debe pasar para no caer, tentar caídas. El subte me produjo la misma sensación que los acantilados. Estás a un paso de no estar. Mi bebé lloraba y yo, para contenerlo, me senté en uno de los asientos de metal y me agarré muy fuerte como si fuese el personaje de un cuadro que no quiere que lo quiten de él, y hace lo imposible para pertenecer a ese paisaje sujetado. Pasó que al sentirlo frío me calmé. Creía que la desazón pasaba con calor pero no. Ahora traigo esa sensación parecida a los barrotes de esta camilla. A ver si dejo de escuchar las voces que me examinan. Son humanos sin corazón. Dicen, que de acá para allá podría ser esto y que esta superficie podría ser aquella otra cosa. Mientras miro una lámpara blanca pienso que mi útero no es una cosa. Es una parte fundante de mi cuerpo. Y para no quedar atrapada en el miedo, lo imagino de chocolate, suave y dulce, los deleita. Pongo una mesa sobre mi camisolín y los atiende de buena manera para que no se olviden lo bien que hace ser atendidos de ese modo. Muchas veces funciona al revés. Tratar de mala manera creyendo que es buena. Y tendríamos que darnos cuenta si recibimos ignorancia, resentimiento, obediencia. Entonces practico muda esta actitud que es, si te das bien, regresa en una dimensión mayor, ramo de flores vibrantes, ojos agradecidos como los de mi bebé cuando, aún con miedo, lo pude contener. Tallos verdes para que los agarres, no te sueltan la mano. No son palabras las acciones. Me pasa con los estudiantes. No sé cómo existen profesores que disfrutan viendo sufrir. Yo no soy condescendiente. Me esmero por entender. Desde que llego es estar contra el abandono. De ideas vencidas. El mobiliario. La disposición de las almas. Si pensamos no nos dejamos llevar hacia el terror. Si me concentro despisto lo que ellos quieren encontrar en mí. Hay que ser muy fuerte para dejarse examinar por personas incapacitadas para el amor. Un cuerpo no es un cenicero. Es el conjunto disperso de cenizas, unas aquí otras allá, estrellas en el piso de una hermosa porcelana. Esta soy yo, me digo. Me soplo y me esparzo desde la ventana del balcón a un mundo que no sabe dónde estoy. Pero yo sí. Esta vez caigo porque resistí.

## Boceto

Un edificio restaurado en sus fisuras con enduido cicatriza. Deja de llover, chapotear, un resbalón y al piso. Antes de la pintura queda vendado, después nadie nota sus dolores. Yo que ejercí un alto cargo en una dependencia ministerial, sí. El poder no está en los cimientos. Lo padecí, me dejó hecha una piltrafa. Ya no tenía ganas de levantarme ni de mirarme la cara desalmada en el espejo. Discutir, hacer entender, cada uno defendía lo que creía le pertenecía. Lo público no es la publicación impúdica de las circunstancias, un solo interés. Para mí era un boceto que, conforme a uno y otro, más otro, nos conformara: qué sabés hacer. Qué te gusta. Qué no. Qué deberíamos brindarte para resplandecer. Así, con cada uno, parte importante del todo. No al revés, vos quién sos, andá, arréglate, tráeme lo que te pedí. Si no un magna, una conversación volcánica. Hasta alcanzar un punto de ebullición que iluminara el contorno de este vestido que es el Estado. Tomar decisiones es tomar distancia sin volverte un brujo, un idiota, un inoperante, una persona mala. Existen. Son una plaga que come las escaleras de madera. No deja de existir arriba y abajo. De manera invisible y es peor. No tiene líneas respunteadas subterráneas que comuniquen las distintas capas de los pisos. Pierden impulso y te lo hacen perder a vos. No te cuento las peroratas que tuve que escuchar. Se ponen intransigentes en plena transición. No se puede formar parte de un acuerdo si te levantás, ni bien un compañero argumenta tu opinión en un sentido contrario. Desordenar el orden establecido. Qué significa. No estoy segura pero quizá deba quedar al descubierto el corazón de cualquier institución, las estructuras de madera que hacen posible la creación de espacios perdurables. Esos andamios en forma de cruces, las manos que, al hacer sonar los martillos, auguran el alcance de una ilusión. Desde la primera hora del día hasta la última. El hombre se encargó de enmascarar con cemento, cerecita, enduido y pintura. Para qué. Para crear una imagen homogénea de la heterogeneidad, la rugosidad de los materiales, sus pesos, la historia de las manos que los traslada, la historia de las máquinas que los mezclan, los colores de la ropa para refractar los rayos del sol, los guantes que protegen los dedos sin los cuales los planos serían desperdicios en el piso. Partir del esqueleto es escuchar quejidos. Claro, cómo no va a doler: picar, lijar, desenvolver, llegar a las células de las cosas. Pero si no llegamos a descubrir esa constelación fantasma, vivimos asustados, pensando que hoy estamos aquí pero mañana, seguramente, estemos allá porque nos van a sacar, echar, correr. Quiénes. Quienes desconocen el papel manteca sobre el que se dibujó su lugar de trabajo. Antes de la construcción hay líneas que se alzan de las manos. El problema es que las personas pierden libertad para ganar autoregalos. Yo creo en los garabatos, la primera infancia de los funcionarios y los administradores. Sin administradores no hay funcionarios. Entonces, aquéllos tendrían que conocer el poder de los iguales. La creación de un guión en el que exista la recreación de lo increado. Un boceto descubierto y culminado. Capa por capa emerge una fuerza saturada de hombres y mujeres. Dejan la sutura de cada empalme, tráfico de ideas, ayudas varias en sus cuerpos. Así las instituciones dejarían de ser aplastamientos y serían una disposición de partes que arden.

## Lenguaje

El encantamiento no es la profusión de ideas. Abrir una caja de cachivaches, partes rotas de un collar de perlas, requiere sanarlas, en el aire, con las manos hasta que se sientan útiles al volver a pasar por un hilo que decora el cuello. Un libro es una red que te permite llegar a conocer en qué consisten algunas palabras, rebalsan el entendimiento. Por ejemplo, el suicidio, el vacío, la alegría, la valentía. Eso lo fui aprendiendo con los años. Al principio, creía que era sólo un fin en sí mismo, después, entendí que era un medio. Un camino. Una soga que te traslada nunca te deja colgado de la nada, a punto de caer, vaya a saber adónde. Otra cosa es lo que me pasa con algunos profesores. Leen para aparentar, mandarse la parte. Quedan aparte del todo. Que es la vida sencilla sin la cual no podrían seguir leyendo. Comer, dormir, trabajar. Esas tres cosas que compartimos los seres humanos. Algunos, con sus libros, construyen peldaños cada vez más altos, llegan al cielo desde el cual se dirigen a los otros que dejan de escuchar por la distancia, el cansancio, terminan arrepentidos. A mí con ellos, los libros, me pasa al revés. Me permitieron descender, entender lo que me pasaba o estaba viviendo, entonces son un canal que desatora un sentimiento oprimido. Cuando era chica leí por aburrimiento. En la primaria, para dar clases particulares que me permitieron comprar. En el secundario, para crear en el mundo que vivía. En la universidad, las palabras me dieron curiosidad, las veía como vehículos minúsculos a partir de los cuales se constituye un libro. Esas hormigas viajeras que son capaces de crear fortines desmesurados pacientemente. Así me dejé encantar. Por las palabras hormigas de carga y artistas. De la historia y de cada día. Hay que detenerse y observar. Hacen caminos largos, de colores. Los pedacitos de pétalos son manjares sobre sus patitas cortas y fuertes. Qué es el abecedario sino la imitación de esos insectos. Para colmo, la tinta que siempre usamos es del color de su cuerpo, negra. Del lenguaje me gustaron sus contradicciones, entre el manjar que se transporta y el esfuerzo que requiere conseguirlo. Son las dos cosas, y a la vez hacia otra que puede ser un recodo en el confín de la Tierra, la superficie de una flor. Hay algo en el destino de la hormiga que no se sabe. No sé si pelean entre ellas o quién es su depredador. En el caso humano, es el mismo lenguaje, el que con sus minúsculos signos de puntuación, constituye un campo minado. Dónde corto una conversación. Por eso, para mí, fue un medio de transporte que me permitió descender desde mi fortaleza: soledad, manutención. Que son personas o ¿a quiénes piensan que se dirigen algunos profesores? Que tuvieron con las palabras sus historias propias. La cantidad que escuché es para un tratado. Chicos que nunca tuvieron libros. Otros que nunca les miraron un cuaderno. Otros que tuvieron de esas maestras que corrigen de manera mecánica para ser aprobadas por la mirada de algún inspector. Otros sí, claro, obtuvieron un gusto desde chiquitos. Por lo mismo que yo o porque los adultos los pensaron como sus sustitutos: tomen, acá nos tienen. Nunca les vamos a soltar la mano. Por eso, me cuesta comunicarme con algunos de ellos. Se embelesan con sus propias palabras, sus propinas: no sabía, no alcanzó, no lee, que repita, que siga estudiando hasta ser suficiente. Yo la vara nunca la puse en alto. Señalaría el cielo, un lugar en el que no estoy. Ya bajé, estoy acá, me quedo para ayudarte.

## Despedida

Una lágrima de mermelada se saca enseguida. Pasó con mi mejor amiga, compañera de toda la vida. Moni, afinidad desde el primer momento, nuestros nombres comenzaban con la misma letra. Una montaña. Hay que escalar. Constituye un esfuerzo y luego, descender, si te descuidás te caés de vos mismo y si llegara a ocurrir, es fundamental contar con otro. Moni el primer día me sugirió: qué te parece si en el recreo, después de la clase, nos juntamos en el patio así nos contamos qué actividades les podemos dar. Proponía un encuentro, una charla, compartir el contenido en pos un objetivo no era un problema. La envidia. La desidia. La queja. El para colmo. Con una sonrisa y el ceño fruncido, parecía dos pero era una sola persona. Con lo lindo de la vida y lo feo al descubierto. Entonces nos reíamos. Si estaba Moni no me importaban las demás. Si ella no iba algo del día se caía. Ahora es definitivo. Cómo despedir a mi amiga que se jubila. Le compré una torta de queso y mermelada para comerla antes del acto, en el que le van a dar una medallita, un ramo de flores y un conjunto de ropa, verde, lila, rosado. Era un cuadro, ella decía: que la pedagogía comenzaba con pensar qué ensoñaciones queríamos despertar en los estudiantes. Sin caer en un disfraz, un sentido que está dado de antemano. Tenés que pensar que ellos te van a mirar durante cuatro horas. Es un montón de tiempo, llega un momento en que dejan de ver tus ojos, tu boca, tu cabeza y se detienen en tu ropa, tus pasos, tus ademanes. La ropa constituye la posibilidad de un fulgor. Entonces, brillá con una paleta pastel metal. Las palabras, por más difíciles que sean, se perciben desde un campo, un día soleado, tendidos sobre una manta. No seas gris. No te parezcas a las palabras. No seamos hormigas, decíamos y nos reíamos, nosotras tenemos que aprender a ser las flores que ellas arrancan y trasladan. Un movimiento continuo, un arcoíris que sale, se esconde y vuelve a salir, corona el aula. Le serví una porción de torta y, al probarla, le quedó una lágrima de mermelada en la cara. Le dije Moni: secátela, no te vas a gustar angustiada. Pero, al revés de mis pensamientos, me dijo: hoy siento que la tristeza es el paraíso. Quiero descansar en los regalos, después de treinta años, qué me va a pasar. No me lo puedo representar. Sin embargo, confío en la palabra confío y algo se me va a ocurrir. Te abrazo y ya te quiero volver a ver mañana. ¿Me podrás venir a visitar? Y cuando me dijo así, mi amiga y compañera de toda la vida pensé, en la importancia de la visita y sus remolinos de imprecisiones: al médico, al enfermo, en un hospicio. Una palabra corta ya es un cumplido: hola, chau. Entonces pensé en recuperar la familia de esta palabra hasta extender el afecto: vista, visitante, verborrágica. Voy a ir a tu casa a contarte los detalles. Y si nos lleva un contra turno qué vamos a hacer. Limpiate la cara y ponete de pie así te acompaño al acto que haremos en tu honor. Moni se levantó despacio, recién hoy sus piernas parecen cansadas del mismo recorrido: puerta, escalera, pasillo, aula número cinco, pasillo, escalera, puerta. Cuando estábamos por llegar al patio vimos que se abría un telón sobre un paredón y se inauguraba un mural con un paisaje con los colores de la ropa que siempre había usado. Había un edificio antiguo, un reloj, nubes, el sol, aves por todas partes. Ella lloró y yo también. Las dos agarradas del brazo como hasta ese momento habían sido nuestras palabras.

## Decisión

Un juguete es la sombra de la acción. El objeto es el tiempo inoperante. Con esta frase me recibe mi compañera el día que voy a visitarla. La mesa de madera preparada, seis sillas, un mantel de lino bordado a mano, cuchara, plato, taza de porcelana y servilleta. Ella está impecable como su departamento, un último piso sobre una avenida. Siempre me encantaron las ventanas en L, a las que acercamos la mesa para ver la ciudad. Como si desde esta altura fuéramos nubes, frutos de los árboles que no caerán. Y cuando le pregunto cómo está, cómo se siente en esta nueva vida, enseguida me responde: el problema era ese, esta vida es vieja para mí. Tuve que pensar en una nueva y ya pensé. Te la voy a contar a vos para que alguien sepa qué será de mí. Abro los ojos con asombro y los clavo como prendedores en los suyos de tela. Me cuenta que, al contar con tiempo para otras cosas que no eran las clases, se hizo la siguiente pregunta: de qué me sirven todas estas cosas si sé que mi hijo no tiene nada. Por qué tendría que esperar a que me muera para vender este lugar y tener algo propio. Propio es tenernos. Lo más importante. Vos ya sabés lo que me pasó con mi otro hijo. Nunca me sentí triste. Siempre creí que él iba a vivir hasta que yo tuviera vida. Entonces tengo dos hijos. Uno que está conmigo en mi memoria y otro de carne y hueso que vive del otro lado del atlántico, que cada vez que me llama, se lamenta: mamá hago lo imposible, pero es muy difícil vivir en un lugar que no sea alquilado. Entonces pensé: voy a vender la suma de estas seguridades para dársela a él. Y también alegría. De qué me sirve saber que a mí no me falta nada y él tiene que luchar por casi todo: su trabajo, su marido, su morada. Entonces ya me organicé. Lo que ves son las sombras de la verdadera vida. Una parte del dinero se lo voy a enviar a él para que compre, aunque sea un monoambiente, y yo, con mi jubilación, voy a pagarme un apart hotel. Hice cuentas, lo que me salen las expensas, la señora que me ayuda para limpiar, las cuentas, la comida, es exactamente igual a vivir sin mantener nada excepto mi existencia con una linda vista al río, me sonrío. Mi amiga me comenta una decisión tomada. Ese mismo lugar, en el que tomábamos el té, ya estaba en venta. Sin despedidas no había nueva vida. Y ella quería seguir viviendo y comenté: yo nunca podría haber tomado la decisión que tomaste vos. Soy más agarrada con los objetos, son trofeos invisibles de los trabajos que logré para obtener, fueron el fuego. Ahí quiero llegar. Yo no soy menos que nadie. Quiero consumirme en un disfrute, deleitarme en un par de botas cómodas, un traje, un postre, una salida con amigas como ahora. Espero que te hayan gustado las masitas que elegí. Sobre esta mesa de madera trabajada a mano por un carpintero. ¿Me la venderías? Mi amiga enseguida me contestó: por supuesto Mana, de la casa fijate si te gusta algo más y te lo reservo. Eso sí, tenés que retirarlo la próxima semana porque, en quince días, este living quedará vacío. Nos levantamos de la mesa y caminamos por la casa. Pasamos por la cocina, el comedor, la habitación que había sido del hijo fallecido, la habitación del hijo que ahora vivía del otro lado del océano, la habitación de ella, en la que había dormido junto a su marido, los dos baños, la habitación de dependencia, el hall de entrada, el balcón, la cocina, el comedor. La vida estaba en otra parte.

## La vida sencilla

La vida sencilla conlleva un sinfín de decisiones. Dónde vamos. Qué llevamos. Cómo vamos. Cuánto nos quedamos. Cuánto dinero necesitamos. Si no lo tenemos, cómo nos organizamos. Mis años felices fueron arriba de un auto, la familia entera, miles de kilómetros que atravesaban la Argentina. Conocimos el norte, el sur, el este y el oeste de camping. Para una familia de seis personas, quince días es el tiempo óptimo para tensar al cuerpo el mapa que habita. Seis mochilas. Dos cajones con comida. Un bolso con vajilla, otro con bronceadores y medicamentos, garrafa nueva, garrafa de repuesto. A mis pies una canasta de mimbre con una botella de agua, termo, mate y un tupper con sandwichitos. En ese entonces los autos no tenían pasacasete, ni disquetera, ni parlantes, era silencio, grito o palabras las que conformaban una melodía, por momentos grandiosa, por momentos odiosa pero pensá que, con semejante paisaje, desaparecía enseguida como una neblina. Los chicos se peleaban y se pateaban, yo los escuchaba hasta que me hartaban y algo les decía, si no obedecían, simulaba que les iba a dar una cachetada y en el aire quedaban restos de migas. Como si el enojo fuera producto de un pan malo que nos había dañado. No es fácil entretenerse. Tampoco aburrirse. Causa un malestar en los demás. Uno no vive solo. Y ellos son cuatro hermanos. Si uno estaba lo más bien dibujando, todos querían dibujar. Quizá no había suficientes hojas en ese momento o no las encontraban y para qué. Se armaba la podrida: yo también quiero, a mí no me dieron, es la columna vertebral de la hermandad. Una cadena de medidas injustas. Si, en cambio, estaban aburridos preguntaban: cuánto falta, este viaje es un montón, por qué siempre deciden ustedes dónde pasar las vacaciones que son de los demás y, ahí no más, se movían de una manera descuidada que hacía que los cuerpos se rozaran y para qué. El para qué de todos son los chicos. Mi ex marido nunca decía nada. Siempre mirando al frente y yo a él. Su perfil me fascinaba. Frente pequeña, nariz grande, labios carnosos, cuello corto y macizo. Chomba, bermudas y zapatillas cómodas. Los dos brazos con pelos risueños, en la muñeca izquierda el reloj con malla de metal y el fondo blanco, en el que se movían las agujas. Era un tiempo caluroso, nítido, realizado. No como me pasa ahora, tener tiempo para la fantasía. Ahí no había tiempo para nada más que para lo que queríamos vivir, lo vivíamos. A veces me pasa. Cuando me encuentro con mis hijos son quejosos: queríamos ir a verte pero siempre estás ocupándote de tus cosas. Y qué se piensan los hijos, que estamos a su disposición. El otro día a uno le dije: mirá, si tanto me extrañás, es simple, venís a casa que tenés una copia de llave y entrás. Hasta que llego, te descalzás, andás en pata por la alfombra, preparás algo para picar, abrís una cerveza, ponés la mesa, levantás la persiana, mirás el balcón repleto de flores. Y cuando entro ya está todo preparado, nos sentamos y me contás con detalle lo que te pasa. Porque extrañás, viniste y listo. La vida sencilla conlleva un sinfín de definiciones que hay que tomar a diario. No son palabras. Nombrar desgasta. Si ya sabemos sus nombres, para qué repetirlos, no somos tarados. Mejor hacer las palabras. Levantarnos. Caminar. Sacar de la heladera para que lo que comamos esté a temperatura ambiente. Es uno solo, aunque hayamos recorrido miles de kilómetros.

## Mamá

Mi madre fue una escritora de culto y ocultada. Escribía en cuadernos cosas que le pasaban todos los días, como si fueran diarios íntimos pero no eran cosas íntimas sino sociales, charlas que tenía con sus vecinas, listas de supermercado, chistes que le decíamos nosotros, recetas de cocina, frases de algunos de los familiares que recordaba. Para mí esos cuadernos no eran literatura estática de entrecasa sino una literatura siempre viva. Mi madre probó suerte en un concurso, organizado por la asociación de fomento del barrio y no ganó. Fue la primera y la última vez que se presentó ante alguien que no fuesen conocidos, una vez que leímos los cuadernos cuando ella murió. En la infancia solo la veíamos escribir con un entusiasmo bárbaro. Yo ese silencio nunca lo entendí. Me parecía ridículo que conversara consigo misma. Por eso, me quise diferenciar y, pese a que me encantaron las palabras, decidí dedicarme a transmitir las, no escribirlas. Salir de mi casa, en vez de quedarme sentada, inventándome una vida que no tenía. Desde la primaria supe que lo mío era practicar, por todos los medios posibles, que los demás recibieran lo que yo aprendía. Es una tarea inmensa, iluminada e ilusa. Mi madre. Creía que bastaba con entenderse ella misma pero un rayo cayó en su mente cuando estaba muy viejita y le dolía todo el cuerpo: vení, por favor, ayúdame que no puedo; cómo voy a hacer para ir al baño, cocinar, hacer mandados, lavar ropa si estoy inmóvil. En ese momento, se dio cuenta que el papel y la tinta no eran razón suficiente y pidió ayuda, ya era tarde para otra cosa, por ejemplo, contar con dinero para pagarle a una enfermera. El único con el que contaba era el de la pensión de mi papá que apenas alcanzaba para los enseres básicos. Entonces la llevé a vivir conmigo. Le dije: má, qué vida difícil tuvimos, pero, pese a que nunca nos llevamos demasiado bien, te quiero atender para quedarme lo más tranquila conmigo misma. Y la comprendí como a una alumna especial. Si pensaba que era mi mamá me enojaba, entonces, me propuse tratarla como a una estudiante que, sólo si vivía conmigo, hacía caso, comía, se lavaba, se vestía, tenía compañía. Le di la habitación más amplia, le compré una cama alta, así no le dolía tanto la espalda y cada mañana comenzaba el ritual: buen día querida, qué tal durmió, bien, después del té, tiene que incorporarse para lavarse la cara, el cabello, detrás de las orejas, las axilas, la panza, los pies, sus partes íntimas. Despertar requiere mucha voluntad y, en ese instante, levantaba la persiana, abría la ventana aunque hiciese mucho frío para que ingresara el canto de los pájaros. Después le leía, después dormía, después comía, después escribía, después comía, después dormía, después conversábamos, después comía, después dormía y así hasta que una noche me descompuse yo. Y ella, que en ese entonces hablaba poco, me dijo: traeme la cartera marrón, se la di, le pedí que me hiciera un lugar en la cama porque temía desmayarme, sacó su perfume de siempre y echó unas gotitas sobre una servilleta de papel que tenía en la mesita de luz. Me dijo: olé. Vas a ver cómo te vas sintiendo mejor. Y así fue. Me quedé dormida y cuando me levanté mi mamá ya no respiraba. Estaba al lado mío como una muñeca larga, de porcelana, con una sonrisa y los ojos cerrados despejados. Sostuve su mano y la solté. Lloré hasta el día siguiente en el dormitorio de al lado. Mientras hice los trámites del entierro y hasta el día de hoy sostengo un frasquito de vidrio en el que coloqué la servilleta con su olor. Si me siento mal, sé que está mamá, como pudo, como supo, como quiso, como la quise yo.

## Transición

Cuando un doctor después de haberte revisado dice: hay que operar, hay que operar. Es decir, hacer algo. Tu cuerpo produce un efecto que, a veces, no es nada bueno. Después, cuando te recuperes, también podrás recuperar el hilo conductor que, en algún momento, perdiste para llegar a estar en un quirófano. No sé, las interpretaciones son tentaciones como lo dulce, lo salado, lo imaginado. Porque si una hubiera pensado más de una opción, seguro no terminaba donde una termina. Camilla. Vía. Suero. Desnudez. Camisola. Sola con tu alma debajo de una lámpara. Cuando estuve en esta situación me acuerdo lo que me enojé conmigo misma cuando al enfermero le dije, con voz suave y desesperada: “no me dejen sola”. Significaba que alguno me mirara a los ojos, él, el anestesista o el cirujano. Ya era tarde. Cada uno atendía una parte de mi cuerpo. Brazo, nariz, boca, abdomen. Yo creo que empecé a encontrarle cara a los objetos a partir de ese momento. Por necesidad. Proyectaba ojos en la lámpara, en los caños de la cama, en las paredes. Sobre superficies limpias, dibujables. Nunca sobre el instrumental quirúrgico, las herramientas que solamente ellos saben usar, yo no entiendo nada. Qué pasaría si les hubiera preguntado sobre la lengua. Qué piensan ellos que es el lenguaje. De qué manera interactúan los contrarios. El concepto pinza con la imagen. El concepto inyección con la inyección. El concepto gasa con la imagen gasa. Es mejor que no piensen por de más, me pregunto cuánto tiempo hubiese estado ahí adentro. Y quién sabe exactamente en manos de quién estaba. Nunca me gustó el espamento. Me lleva a la palabra lamento. Entonces si me dicen hay que hacer tal cosa, yo voy y la hago, no tengo problema. No me gusta agrandar por donde se desgarran. Se tiende un cableado en la superficie de quienes interactúan. Entonces me refugié en conversaciones de supervivencia. Estos objetos qué dicen. Intento escuchar. Y entendí que el lenguaje de ellos es el producto de infinitas combinaciones entre saltos y significados. Las imágenes no están quietas. Así ingresé por un túnel blanco a un libro blanco, en el que era protagonista de una historia que se podía contar si adoptaba múltiples formas. Es decir, que no existía la narración, sentada en una silla por ejemplo, sino que existía en la medida en que el cuerpo intentaba representar una casa, una montaña, un niño, una anciana, un bastón, un reloj, una cúpula, una pareja de novios, un navío, una guerra, un tratado. Era una literatura inaprensible. Existía si vivías. Si dejabas de moverte se desvanecía. Mi cabello era negro, las manos, mis pies, mi ropa. Era de otra raza. Una raza de la primera vez de cada acercamiento, encantamiento, disgusto, emoción. Una literatura anti recuerdo. No existía para la posteridad. Ni hablada ni escrita, para siempre. Era protagonista de una literatura finita. Si me quedaba quieta dejaba de existir. Después de unos minutos, un hombre me dijo: señora, ya pasó, ya se puede despertar. Con quién vino, a quién llamamos. La verdad es que entendía a medias las palabras. Y como había ido sola, mentí. Vine con mi hijo. Seguro está en la sala de espera, dígame que pase. Ya pasa. Hasta que me senté en la cama para despabilarme. En la habitación había una ventana desde la que vi una nube correr ligera hacia un sentido, las ramas de los árboles inclinarse hacia el contrario y un pájaro que circunvalaba ambos movimientos. Era el pájaro literario. Vino desde la anestesia hacia acá. Corona una contracción. Una transición. Estar enfermo y sanar.

## Zapatos de chicle

No tengo nada que hacer con quiénes no me quisieron. Como yo quería no puede ser un sueño. Me pongo zapatos rosas de chicle y dejo pegoteada toda la casa. El deseo termina en enchastre. Este es mi derrumbe y tengo que cargarlo. Qué me pasó en la vida con estos tres hombres de los que me enamoré. El primer amor de secundaria un fiasco. Delgado, alto, lindas pestañas, los ojos parecían dos girasoles. Yo lo veía desde abajo. Su cintura me llegaba casi a los hombros. Me rozaba. No me agarraba. Yo le decía y él ni mú. Hasta que me cansé. De darle a la charla. Vueltas en el veraneo del pensamiento y qué. Un besito. Chau. Nos vemos. Hasta luego. Y volver a verlo era una estación eterna. Por ahí pasaban dos días. Para mí eran ciento veinte. Ahí fue cuando pensé. Si no consigo otro, me encuentro con cualquiera que además de la lectura, le gusten los hijos. Y para qué. Lo encontré. Fue tan hermoso que me casé. Tuvimos cuatro chicos y un lugar en el que no entraba nuestra procreación. Quisimos canarios, gatos, perros, árboles frutales. Todo lo que tuviese y diese, a su vez, vida. Un hombre fuente, del que siempre brotaba agua dulce, fresca, bendita. Pasó que nos cansamos. Una familia de deseos eternos no la sostienen dos personas. La sostiene un batallón. Que no teníamos. Ni quisimos tener aunque tuviéramos la plata. Era una ética. Una cuestión de no traicionar un ideal que nos terminó traicionando, al no permitirnos retroceder en nuestra convicción, nos hundimos. Eso sentí, el día que perdí deseo sexual. Había dejado de mirarlo porque arriba mío estaba lleno de cosas. Una tras otra. Una vista de porquería. Caca que limpiar. De los chicos. De los animales. Alimento que comprar. Trabajo que inventar para comprar el alimento que, unas horas después, se transformaba en deshecho. Me sentí tapada, hablé con él y le pedí que no me limpiara. En la distancia, si hubiera sido menos exigente con mi propio sueño, a veces, creo que podríamos haber seguido adelante. De manera simple, contratar a una persona que nos ayudara a vender el paraíso, comprar uno terrenal, mandar a los chicos doble jornada. Nos quedamos sin respuestas. Atónitos. Insolados. Mirándonos sin saber cómo escapar de nosotros dos. Dejamos pasar un tiempo. Y él se fue. Todavía recuerdo cómo lloré. Todo el día. Todos los días. Por el resto de mi vida. Castigándome. Cómo una persona que había sabido salir adelante siendo pequeña, no podía salir con casi cincuenta. Me contraje. Tuve una regresión a ese cuerpo sin mente. Ella había dejado de acompañarme. Se había peleado conmigo. Me abandonó como mi papá y mi mamá. Cada uno a su manera. Estaba sola mi cara que lloraba. Así anduve hasta que mi ex marido, porque las personas buenas siempre son buenas, aún en los conflictos, me dijo: ya se nos va a pasar. Tengámonos paciencia. Si no sabemos qué hacer. No nos culpemos. Si nos abrazarnos el dolor se hace más fácil. Cada vez que nos crucémonos, mirémonos, es mejor que reprochar lo que pudimos o no pudimos hacer. Entonces dejé de llorar porque, recién ahí, él había tenido palabras. Antes de eso era pura acción. Y nos tranquilizamos pero nunca más quisimos volver a vivir juntos. Pasó tanto tiempo, pero tanto, que casi no recuerdo, cuando vi al último hombre del que dije, no me quiero enamorar, un amante es un amor sin enamoramiento. Si caigo en la trampa pierdo. Y después de unos meses de conocerlo, no pude con mi tensión interior, de estar acompañada, mis ganas de convivir y para qué. Qué burla. Después del trabajo las patas arriba de la mesa, las manos en el control remoto, la voz agrandada de pedidos: traéme, qué te parece, vayamos. La

perorata había ganado una batalla invisible a los latidos. Hasta que le dije a él también: quiero estar sola. Sin pensar. Cómo se hará. Será posible. Nunca se me dio por la droga o una pastilla que me dejara en la cama hasta soñar un año entero. Me doy miedo. Entonces llené una alacena de chicles. Me di cuenta que si mastico fuerte me duele la cabeza y en cambio de estar pendiente de un planteo, estoy pendiente de la resolución de un dolor. Y en busca de aspirinas por la casa, piso mis propias masticaciones, que se caen de los ceniceros rebalsados y los tachos de basura. Voy pegando una cosa con la otra y me conformo con ser una persona que le pasó el amor de esta manera.

## Poder

Qué es el poder si no este mejunje de tripas y cintas de casetes. Te das cuenta si, en vez de juntar todo rápido, acá no pasó nada, te sentás, observás y asentís, pasó que un gato arañó la jaula que había quedado semi abierta, una de las partes un poco destartada y logró meter las uñas. Así hasta que el pájaro logró escapar, ya estaba herido. El resto no es un cuento. Es un triunfo derrota según quién cuente la historia. Ahora lo que yo me pregunto: cómo es que una cinta de casete vino a parar acá. ¿Se habrá enredado a la reja? ¿Los chicos la usaron para decorar los cuellos de los canarios con forma de moños? O ¿Directamente el que murió la tragó por supervivencia de un canto gastado o por juego, un pasatiempo que lo explotaba por dentro? Yo me preparo para el poder, a veces no es estar en el lugar que querés, tener que pensar qué es lo mejor para el conjunto de los canarios. No todos tienen el talante. Yo veo este desastre y sé por dónde ordenar. Ver, analizar, tomar decisiones. Soy muy injusta. Tuve que rociar alrededor de la jaula con un repelente para gatos. No los mata. Los descompone y no vuelven nunca más. Entre los humanos es más difícil. Descomponerse requiere recomponerse. Creí que iba a poder sola con mi propia contradicción. Estando como maestra en una escuela. La nueva directora quería que me quedara, dejando afuera el resto del personal. Se me jugó un merengue moral. Vivir un trabajo aplastada entre una cara y otra, quedaba en el medio dulce, sin voz. Me pasó algo curioso. El reconocimiento de un superior me dejó inferior. Y qué hice, comencé a hablar con mis compañeros para decirles que fuéramos a la reunión en la que, supuestamente, me iban a dar el ascenso. Ahí no más descendí. En mi lugar quedaron ellos y yo de patitas en la calle. Por traidora y anti negociadora. Aprendí mucho de mi falta de aptitud de adaptación. Cómo sentir amor por los pájaros rodeados de gatos, con ansias de atrapar una presa para el amo. Los compañeros, a veces, no son lo que parecen. A mí las apariencias me defraudaron. Por ejemplo, el día que hablé con la directora y le dije: pero cómo usted me elige por mis méritos para quedarme y qué se supone que hicieron ellos en todos estos años. La directora me miró y no habló. Hizo una mueca, un señalamiento en el espacio oscuro que interpreté de la siguiente manera: para moverse hay que sonreír no decidir. Y yo creía exactamente lo contrario. Se levantó de la silla y simplemente dijo: hasta luego. Con esa economía del lenguaje tenía que darme cuenta que, si no hacía silencio al pasar por encima de cada persona, mi lugar era la calle. Y así fue. Porque no interpreté a tiempo. Me pasa con las palabras que me producen un encantamiento, una trampa, que las pienso tanto, tanto que me atrapan. Cómo podía ser lo que estaba siendo. Y fue. Después de muchos años, analicé. A veces, para llegar a un punto invisible en el horizonte, no se lo puede explicar. Y se requiere, no sólo de la convicción de verlo sin ver, sino de alcanzarlo. Unos lo ven, otros no y necesitan que se los expliquen, una forma de tantear sentidos como fue mi caso. Cuando pienso en ese punto iridiscente de mi vida profesional veo una cinta de casete tragada por la fuerza. La libertad enredada. Palabras de otros recorriendo mi esófago y mi intestino grueso, delgado. Así me explotaron y estallé esto que junto. Fueron experiencias desapercibidas, letras por todas partes de la casa, aula, planeta. Si estoy de pie es porque me tumbaron. Mi falta de comprensión. Mi falta de adaptación a lo que todavía, hoy en día, me sigue pareciendo un disparate.

## Veinte kilos

Mientras comí, sentí un beso entre dos hojas secas, se deshacían los alimentos. Un bocado me iba llevando al otro. Por saltos. Cortos. Largos. Un intervalo. Y volver a probar. Un pancito, alfajorcito, quesito, chocolatito. Un collar hecho de dijes dulces y salados, cedí ante la tentación. Nunca me había sentido así querida. La boca llena. La boca vacía. La lengua que pide. A la lengua se la concede con la mano. Un lindo mantel, una mesa repleta de manjares. Fue la primera vez que me querían como esperaba. Y engordé veinte kilos. Me costaba caminar. Las piernas pesadas se mimetizaban con el lugar en el que estaba. Jadeante. Alegre. Delivery, divertite. Con las persianas bajas para simular la soledad en la casa y no tener que escuchar el timbre. Una interrupción del placer. Lo mismo se me dio por la cerradura. Le coloqué papel de caramelo. Bien atorado. Mis hijos querían hacer entrar la llave y no podían, salían envoltorios de todos los colores diciéndoles: váyanse. Quiero estar sola. Ser sola. Por una vez en mi vida. Que no me vean. Ser consciente hasta qué punto la soledad me informa, deforma, transforma en alguien que no sabía que era yo también puedo disfrutar. A los únicos a los que les abría la puerta eran a esos chicos flacuchos que tocaban la bocina de la moto y yo ya sabía que traían mi comida caliente. Ravioles, guisos, pasteles con salsa blanca derretida y mucho, mucho queso rallado. Cuando terminaba el plato, lo lamía, total nadie me veía y lo dejaba dentro de la piletta de la cocina para lavar cuando realmente tuviera ganas o no las tuviera nunca más. Iba a quedar el plato como un retrato invisible y abstracto de mi jubilación. No tener que salir a las corridas. Atender a los demás desde la primera hora la mañana. Atenderme a mí. Paladar, estómago, tentaciones. Miraba la tele. Qué inspiradora es la tele de la tarde. Me hacía pensar en cualquier cosa. Hay personas que la miran para no pensar. Para distraerse. A mí me pasaba al revés. Yo la miraba, ahí sentadita en el sillón y creía que ella también me estaba mirando aumentar el volumen de mi cuerpo, de mi amor y estaba orgullosa. Como una madre televisada. Un padre televisor. Es una compañía penetrante en sus imágenes. Una glotona tentación. Pensaba. Qué vestido mágico estirable usaría el día que quisiera salir de casa. En qué consistiría maquillar un rostro gordo. Bebé. Hermosos mofletes en los que se reflejara el mundo callado que sabe que están y no lo asustan las palabras fuertes, los bocinazos. Esa corriente eléctrica no penetraba en la carne almohadón. Así estuve, habrán sido tres meses o dos. Perdí la cuenta. El tiempo y lo tragué. Lo dejé estar para mí y yo para él. Un casamiento y luna de miel. El momento en que me levanté fue el día mantecol. Lo corté en pedacitos muy chicos, muy tiernos y los dejé disolverse debajo de mi lengua. Después, me quedé dormida. La comida provoca un sueño distinto al cansancio del trabajo, es un túnel, una quimera y estuve entre pájaros marrones del tamaño de la hoja más pequeña de un árbol, como el pedacito que había cortado con mis propias manos. Fue nítido. Un pájaro de mantecol que piaba, no quise tragarlo. Entonces me lo saqué de la boca y lo tuve en mi mano. Un rato. Si lo dejaba más se deshacía. Tenía que salir a buscarle un nido, una familia. Entonces abrí los ojos, me duché, me vestí con una sábana ligera y un saco de lana porque mis pantalones no me entraban, bajamos las escaleras y en la calle, los rayos del sol nos guiaban desde lejos, a buscar un sitio donde despedirnos de esa miniatura, bombón, un tiempo ansiado, disfrutado para mí.

## Estudiante

Un estudiante agrandado es un pulóver colgado del respaldo de una silla, llega al suelo cómodo en una incomodidad. A menudo me pasa en las aulas. Qué son. Una previsión contra la escasez: del profesor, la universidad, la materia, el programa, los compañeros, lo que les sucede, suceda, vaya a sucederles. Es la contracara del capricho, la soberbia. Pretender que las cosas sean de un modo que no son. Y en vez de adaptarse, es decir, adoptarse en esa intemperie de citas y reproches, prefieren quedarse como huérfanos y morir de inanición. O ¿alguno conoce un ser humano que coma libros, que pudiera sobrevivir, tragando, bebiendo, siendo abrazado por un libro? Yo no lo vi, todavía. Pero no desestimo verlo alguna vez. Se inventa tanto, contra la soledad, contra la compañía. Si esos mismos estudiantes imaginaran lo que les sucede después no les pasaría. El rechazo. No tanto por lo que dicen sino por cómo lo dicen. La altanería atenta contra la construcción de los que ellos mismos, a veces, pretenden. Un mundo bueno. Un mundo justo. Un mundo libre. El tiempo que nos llevaría decir eso mismo de manera amable. Es una carrera. Llegás a ser profesor. Si no sos paciente sos un fiasco, el nombre con el que te nombrás es una risa, si te creés vos solo y no te cree nadie más, sos una lágrima. Un buen profesor no es un profesor bueno. Hay encrucijada. Arriba, abajo, por todas partes. Esos estudiantes pensaron desde los libros sobre los cuales reniegan de los demás. Pisan los libros por los cuales se sienten respetados. Quizá crean que, como no viven, no sienten dolor. Pero los libros, sí, sienten. Lo que no pueden es asentir o disentir. Si, en cambio de pararse, crearan, por ejemplo, un libro robot, cuántas otras acciones y modismos se desprenderían de un encuentro, dejaría de ser esta inútil confrontación. En todas partes y a toda hora. Pasa porque no tenemos un motivo para ser. Si así fuera, y eso se llama política, nos la pasaríamos creando, pensando, construyendo, compartiendo, disfrutando. Pero, al no caber en el aula en la que estamos, comienza la discusión: yo estaba primero, yo antes, yo llegué después y tengo el mismo derecho que ustedes dos y así hasta que alguno se cansa, cede y otro gana. La voluntad. Esa marea vieja que proviene del continente mujer que engendra y pare cueste lo que cueste, porque nunca vimos a ninguna andar con un chico crecido en su vientre. Esa es la voluntad. Sin creación de un hijo libro nuevo hay pelea. Cuando levantan el tono de voz, les pregunto, cómo sería un libro robot: ¿sería útil o un inútil; uno que nos leyera antes de irnos a dormir, mientras paseamos; nos sacaría el trabajo; cómo daríamos la clase con él; estaría programado para leer, almacenar, trasladarse a lugares remotos, a lugares cercanos, cuántas funciones tendría; cómo se llamaría, su nombre sería una nomenclatura de los que guarda o llevaría el nombre de su inventor; tendría la posibilidad de hacer copias, al apretar un botón que te regalara un poema, una hoja suelta de una novela; guardaría en un disco interno la opción de registrar nombres de personas que se consideran escritores y nunca publicaron un libro; grabaría timbres, sonidos ambientes que conforman a su vez, el contexto auditivo en el que las voces se pronuncian; ¿qué escribiría, a quiénes se dirigiría, a los estudiantes, a los profesores, a los que los diseñan, a ellos mismos, un lenguaje robotizado, basado en números como si fueran píldoras que calman un dolor? El lenguaje humano como una línea sulfura a otra. Hasta que nos serenamos, dejamos de competir y

estalla una situación lumínica concreta: qué deseamos que nos pase en un aula y nos pasa.

## Ayuda

Lo que se escucha desde el fondo del aula llena, ¿es un grito? ¿es una risa? ¿un murmullo burbujeante en ascenso pide auxilio? Una chica. Me dice el resto muy preocupado. Que dejó, no daba más. La exigencia universidad. Cada uno tiene que dar lo mejor de sí, y más y más. No podía esta chica. Ya grande. Una familia. Un trabajo. Un marido. Hasta nietos. Pobrecita. Si, cada vez que un alumno abandona, el profesor se preguntara qué pasa, dejaría que sus clases fueran mezcladas. Teoría y experiencia. Amor y técnica. Argumentación y charla. No es el único caso. Conozco decenas, cientos, miles. Por distintas razones. La cantidad de lectura. La cantidad de consignas. La cantidad de tiempo para comprender las consignas. La falta de tiempo para comprender las consignas. El dinero que se les va en transporte. El bebé. La falta de alguien que lo cuide. El padre y la madre caídos. Chicos que tienen que levantarlos. Los hermanos. Un tren de problemas que, si se detuviera, escucharía sin interferencias. Chicas y chicos con la convicción de ir hacia adelante cuando sus mentes quedaron atrás. El sistema educativo que los inmunizó contra el afecto, no sienten más, quedan perdidos, estrellas muertas, excepto el nivel inicial. Ya en primer grado cuadrado, sentado, anulado. Y llegan a los dieciocho años meta repetir. Contenido, fórmulas, el saber que no se supo en el propio cuerpo queda descosido, es una cáscara de pan que apenas mordés y caen las demás. Cuando uno pregunta algo, el otro o repite lo que la maestra le indicó, las palabras sin tamizar, queda un engrudo en el aire de la clase. Y ahí quién quiere limpiar. Muy pocos. Yo no me asusto del desastre. No me desespero. Hago exactamente al revés. Vuelvo a la chica. Me cuentan los compañeros. Lloro desde hace semanas. Tener que dejar porque la universidad la dejó. Y la evoco tan parecida a mí, una mujer grande, actitud redonda, defensiva, que creo que la debería ayudar. No como un chisme, una mentira, un disfraz, alguien que se copia y hace como si nada y pido su número telefónico, espero al recreo y la llamo: hola querida, cómo estás. Habla tu profesora. Te llamo porque me sorprendió no verte más. Estas últimas clases sin tu participación no son las mismas. Más allá de que apruebes o no los exámenes. Si supieras cómo notamos tu ausencia. Se escucha un latido desde el fondo de una pileta. ¿Estás bien? ¿Podemos ayudarte en algo? Y ella comienza a llorar. Y su llanto es una copia fiel del murmullo que estábamos oyendo. Es ella, no hay duda. Y me dice: gracias por llamarme. Su voz es una soga de rescate me hace volver pero quién me va a devolver el dinero que invertí en algo que no dio los frutos que esperaba. A mí no me sobra la plata. Hasta por eso pensé en seguir, una carrera, para ver si apostando ganaba algo futuro. Y le respondo: gana este llamado. Si quiere le explico una vez más el tema o las veces que sean necesarias, aunque sean infinitas. Y la chica de mi misma edad, porque a veces no se sabe, si somos chicas que tuvimos que ser grandes o grandes que queremos ser chicas en busca de una comprensión etaria, una comprensión evolutiva, caprichosa, que ya va a pasar hasta que volvamos en sí, a encontrarnos como podemos, con lo que tengamos, para ayudarnos.

## Una colección de textos viejos

Esos chicos con esas chicas echados en el césped besándose abrazados tendrían que ser modelos de la nueva estatuaría de las plazas. De bronce, de mármol, de piedra. Tallar en presente lo presente a partir de la información de textos viejos. Imaginemos un parque, a la vera del río, una escultura por pareja, nos daríamos cuenta que si hay tiempo libre, como yo veo los fines de semana, existe la oportunidad para el amor. En cambio, si se trabaja desde la primera hora a la última no quedan ganas. Sólo se presta a discusión. Esas parejas formarían una colección de la ciudad. Los gestos, las poses, las muecas de los cuerpos distendidos aprenden. La captación del instante en modo eterno. Cuando fui chica en mi casa había una única revista, especie de enciclopedia de bolsillo que repasaba de manera sencilla y ligera temas fundantes. La geografía, la historia, la matemática, la lengua, la biología. Pocas líneas con ilustraciones hechas a mano. Ahora, me da la sensación que de tanta información uno navega para perderse más que para encontrarse en un determinado planeta, en una determinada región, que tiene una determinada flora, fauna, minerales y así sucesivamente. Entender el mundo era a partir de la descripción y la explicación. Ahora la opinión se confunde con la argumentación porque perdemos la capacidad de observación, la paciencia para describir y unir la descripción a la explicación y la relación de esa con otra. Para atesorar esa cadena mental tengo predilección por esos textos y me hice coleccionista. Por ejemplo, las revistas que más me gustan son las destinadas a los estudiantes de primaria. La fascinación por sus dibujos produce cierta levitación. Es lo que pienso cada vez que entro a dar clases porque, aún jubilada, quiero seguir dando clases, si me gustara algo más allá del aula, pero ya probé y me vengo abajo. No tengo hobby, me aburro fácil, ni tejer, ni pintar, ni escribir. Me gusta comer, fumar y mirar tele. Al cabo de unas horas me siento una inútil y esa imagen no se corresponde con la docente que fui. Un canal que comunica lo que se sabe con aquellos que no lo saben y esa transmisión no es cualquier cosa, no puede sonar hueca, vacía, a las palabras hay que vocalizarlas, y eso se consigue con entusiasmo y fe. Es lo único que sé hacer. Enseñar. Me hace sentir romántica como esas chicas con esos chicos echados, están ahí para algo, por algo, no es porque sí, el amor, es para intercambiar palabras, historias, saberes sobre las cosas, ayuda, compañía. Si no cada uno tendría que estar solo como pasa con las estatuas de hoy en día, erguidas, con lanzas, a caballo, cabezas, torsos solos y cortados, no aparecen hombres y mujeres queriéndose con la vestimenta, gestos, y escenas de la vida que vivieron. Lo mejor es la captación de lo que pasa. Si me quedo en mi casa pierdo la capacidad de asombro. Entonces, como todas las mañanas me levanto a las seis, tomo un mate, me ducho, visto y a las siete ya estoy en la calle. El auto es mi autoprotección. Me deja en la puerta donde me siento realizada. Me piden explicaciones y las doy las veces que hagan falta. Los textos viejos a contraluz proyectan la técnica del mundo, las máquinas ¿no tendrían que traducir el amor de la mano del hombre y las mujeres agarradas de otras en una plaza, un aula, un día de fin de semana?

## Divino

Divo. Profesor deseo. Un chico tantos pesos. Yo no entendía nada. Desastre. A cambio de sexo, comida y un departamento a toda luz. Mi amigo todas las noches: dale quedate. Hasta que se fue acomodando en un rincón del colchón. Supongo que la biblioteca lo miraría con rabia, ¿y este qué hace, qué le vio? Nos sacó la atención. Alguien que lo espere cuando llega del trabajo. Vaso de whisky, en medias, un cigarrillo, un gato fantasma que lo busca para posarse en su regazo. ¿Alguien con quien dormir es más importante que alguien a quien leer? ¿Ser amado es más importante que ser leído? Circular agarrado de un escudo forma de hoja se había cansado, de ahora en más, tocaría una mano. Un diamante con la forma de una galletita vista, elegida, comprada, abonada, probada, tragada en un bazar nocturno. En contra de la vida académica, sol y café, pura cháchara, grutas que despuntaban los sentidos, no los pulsos que mi amigo veía debajo de las camisas al cuerpo de sus semejantes. Estrechas tiendan a palparlos. Una transpiración dorada. Cuando organizábamos una reunión de cátedra habíamos quedado, cada uno puede venir con quién quiera, qué es esto de convertirnos en un cenáculo de puros duros sobre un tema, es más divertido abiertos, blandos, compartiéndonos, caricias por todas partes. Si en cambio, venía solo estaba pero no estaba. Su mente allá arriba, fósforo quemado en un cuerpo largo, al servicio de los demás, sin pronunciarse ni un rasgo ni su voz. Una presencia ausente. Yo lo admiraba. Era mi parte nueva, nítida, fecunda de rumores descabellados. Mi parte sin ley, sin clasificar, muda. Un día lo esperé en casa porque nos extrañábamos, más allá de las reuniones entre todos. Él me contaba yo lo escuchaba. Él me preguntaba y yo respondía, en un intento de seguir siendo yo bajo los efectos de su libertad. Pero esa tarde no fue. Lo llamé y no contestó. Saqué el auto y fui a su departamento. Ahí estaba tirado semi desnudo sobre el piso de madera. Alrededor la forma de un corazón hecho con pastillas. Pensé en forma de ráfaga, que su amante lo había envenenado para quedarse con todo. Llamé a los amigos para que se enteraran, sin familiares hice los trámites, policía, autopsia, entierro como si tuviera un cuchillo en la garganta, amenaza. Triste y atentas. Qué pasó. Cómo pasó. Por qué. Quiénes participaron. Los peritos se quedaron con muestras y huellas, semen, cabello, y uñas. El sentimiento que recorre el sinsentido y hasta encontrarlo es un extravío, un extrañamiento sin paz. Me acuerdo de la última vez que nos encontramos en casa que me dijo: mejor que pensar es tomar, que es escribir abrazar, que los libros los besos, dame un piquito y brindemos. Así lo hicimos y seguimos trabajando en un ensayo al que titulamos de manera provisoria *I Kánt* y nos reíamos porque, al tiempo de evocarlo, nos burlábamos de él. Qué significa tener un amigo si no es para reírse de otro que no está y así hasta la madrugada. Cuando nos despedimos le dije: chau can, sin saber se iba una luz, como un perro callejero que busca la falda de la noche y la encuentra.

## Arriba de la mesa

Tengo la convicción de que nada malo a pasarme. Un vaso de cerveza y otro más en un bar con amigos, toca un grupo de música en vivo. Me siento viva como hacía tiempo no me sentía. Canta una chica hermosa, pelo corto, descalza, vestido largo, baila despacio sobre el escenario pequeño, le basta para irradiar luz rosa, lila, verde, amarilla cálida. Yo me vine así no más. Terminaba un día de trabajo, pantalón azul, chaqueta y camisa cerrada hasta el último botón, mi cuello escondido, mi pecho. Acá no pasó nada. Me lo abro. Respiro mejor, distendida, no encuentro sensaciones que me raspen. Hacía tanto tiempo que no me divertía, tantos años con un hombre anti disfrute que no entiendo, qué hacía yo con ese hombre. La vida, a veces, parece un sueño pesado, en el que por muchos años vivimos una carga pasada hasta que se descarga. Quedan los omóplatos con marcas parecidas al corpiño pero atraviesan la carne con linternas, un túnel. Las relaciones que una elige, ver lo que hay en uno en un carro debajo de la tierra, estar atentos, no son así como se producen las tragedias, directamente pasan. Mi padre. Mi madre. Mi marido. Mi ex marido. Mi amante. Mis cuatro chicos. Mis animales. Mis clases. Mi porvenir. Acá en este bar siento que pierdo y sigo bailando, las manos mientras saco el paquete de cigarrillos del bolsillo externo de la cartera y luego, lo agarro, lo sacudo un poco para que salga uno de ellos, al encuentro con mis dedos y mi boca, el encendedor en un estuche de cuero marrón sale fácil, el papel del paquete queda trabado donde se inscribe una publicidad que un tubo plástico, de cualquier color, enciende. Les digo a mis amigos, que ya vengo, salgo a un patio chiquito interno y prendo uno. Hacia arriba no miro. El cielo, la luna, las estrellas, no sé realmente qué hay arriba, no me importa. Estoy abajo, encerrada y divirtiéndome. Nadie sabe dónde estoy y creo que yo tampoco. Me cuesta creer que, con tan poco, me iba a sentir tan bien, por primera vez, disfruto de esta ráfaga de luz traviesa en mi piel, no sé dónde termina. Una vez que fumo, vuelvo a la mesa, las canciones, otra vuelta más de cerveza y tengo muchas ganas de mover el esqueleto. No me siento, me acomodo en un lugar, que no tape la visión de las personas que están atrás y con los brazos semi inclinados hacia arriba, muevo la cadera en sentido contrario, de un lado, al otro, un balanceo que si cierro los ojos me marea, el simple vaivén, estar sola encontrar compañía, no quiero que pase rápido lo bien que estoy, en un momento dado se me cruza la idea de pararme arriba de la mesa, nunca hice algo semejante pero sé que mis amigas se lo permitían. Yo no, a veces dudo de que haya sido chica y pienso que si lo hago me verán como a una vieja ridícula y la verdad es que me importa un pito, entonces, me saco los zapatos, me quedo descalza como la cantante y me subo a una mesa de atrás para no molestar, no es esa la idea, sino desinhibirme, veo astros del lenguaje por todas partes, arriba, abajo, a los costados, fijos, etéreos, volátiles, un empapelado narrativo y se despegas, me envuelve, tengo una capa, una cofia, una cola de novia de palabras, desde el más allá, hasta el más acá, embriagada de sonidos compartidos nos agarramos las manos en el aire con la cantante como si nos conociéramos de toda la vida.

## ***When you killing time***

*When you killing time* escucho que dice un hombre al pasar en mi sueño, aflora una mañana de agosto a las nueve de la mañana, me quedé dormida, no sonó el despertador. El sol entra por la ventana del cuarto, no sé por dónde empezar, si debo llamar a alguien, a quién llamar. Si iba o no a dar clases, qué tipo de clases eran, son preguntas escarchadas, esculturas de nieve. Qué significa la frase, quién mata el tiempo, esa palabra conecta otra parte en la que aparezco acostada sobre la rama de un árbol, es de felpa marrón y, cuando miro hacia arriba sólo aparecen los ojos de otro, el pelo negro, los ojos pequeños, un cuerpo tupido, el cielo es su mirada se recuesta arriba mío, me penetra y en seguida me entrego a un movimiento difícil de sostener en el aire. Era yo con el pelo de ahora, la que pedía que se quedara en tiempo real y no se fuera. Pero se levantó, se fue y me dijo: quédate tranquila, los chicos ya vienen. Y fue así. Que de repente sentí en mi sueño una leve contracción en mi útero viejo que paría pequeños canarios amarillos que yo misma ayudaba a salir de mi propio cuerpo de sesenta años. De la vagina los acercaba a mi cara para reconocerlos. Eran diez, cien o mil perdí la cuenta enseguida. En un momento, de satisfacción plena, no supe contar. Me volví más pequeña, analfabeta, reconocía el color, la textura, los movimientos de sus pupilas de un lado al otro. Ellos querían una respuesta y se las ofrecía con mis brazos. Nunca supe, por qué se había ido el hombre, si era uno o dos, el que había dicho la frase y el que me había dejado estas hermosas criaturas. No los retuve con el pensamiento, estaba agradecida de una fecundación alta, no me deja chicos, obligaciones, sino una corona de cantos alegres. Nunca pensé en la palabra alimento, los sueños son los rayos de este sol de agosto que proponen una cosa, puede ser otra. Que viniera una pajarita y los adoptara, amantes que los llevaran para darles de comer o que descendiera del árbol y los criara como había hecho con los doscientos canarios que tuve en una jaula que, antes había sido un ropero, hubo que destartalarlo, romperlo. El tiempo se expande, pasan cosas nuevas, estas sensaciones que me cubren el cuerpo como si fuese un desabillé.

## Avenida General Paz

Una cacerola dejada sucia sobre la mesada de la cocina espera ser agarrada por las asas y puesta debajo de una canilla de agua caliente para que, después de un rato afloje la grasa, quede limpia y el proceso de la alimentación vuelva a empezar. O podemos usar productos desengrasantes, químicos, mágicos que, ni bien cae una gota trabaja, dejando otro tipo de manchas, líneas, lagunas, ¿forman un nombre? Elijo la segunda opción, inmersa en una contemplación, cómo actúan los demás en la vida de una. Como si antes fuera preciso ver si realmente realzan el brillo que un simple cacharro tenía al principio; realza las mañanas, los bollos, las rajaduras o por el contrario, esos agentes son de mentira. Y sus etiquetas opacan las mañanas. En el fondo se produce una mezcla verde, amarilla y rosa. Un remolino, danza y pelea a la vez, hasta que se fija una imagen que luego desaparecerá con agua y esponja. Una letra, podría ser de mi nombre o de cualquier otro. Y pienso que, a partir de esta señal, voy a reproducirla, en cada uno de los rincones en los que esté, de manera de fijar una incisión que precisa de otras para completar un sentido de oro. Dejo la cacerola del día anterior donde estaba, me ducho, me visto y salgo a trabajar. En el pizarrón en un costado sin que sea vea del todo, escribo esa inicial lo mismo sobre la fórmica de la mesa. En el recreo fumo y el humo asciende de mi boca con la forma de la letra M hasta perderse entre los árboles y el cielo. Antes de irme agarro una ramita y la mojo en agua, siempre hay un pequeño camino cerca de las flores y hago lo mismo. En cada escalón de la universidad que no sabe distinguir las huellas de mi calzado de otro igual o parecido. Así hasta pensar en miles de M que vuelen dentro del auto como mariposas y, que una vez que abra la ventanilla, salgan desde un punto rojo, el auto metalizado recién comprado hacia otros lugares, a los que yo no llego, no sé y, sin embargo, disfrutan de lo mismo. Que tengan alas las letras. Cargas no son, estas mariposas. Y me pregunto también, en nombre de quién una hace las cosas. Lavar o no lavar. Tener una idea o no tenerla. Intuir cuándo decir algo a alguien, a costa de qué se escurriría por la rejilla de la pileta de lavar, la rejilla del patio de la escuela, el tiempo. Me importan esos nombres. Los pronuncio. Espero que no me estén mirando los de afuera, deben estar pensando qué dice, qué hace esta vieja loca. Y yo sigo igual por la avenida, General Paz, qué hermoso nombre para una avenida. Evoca una recompensa. Escribo un libro romántico en este auto, mudo y preciso, cada vez que me levanto, los zapatos y las asas de las cacerolas que conocen fragmentos de mi cuerpo de memoria, ellos más que mis hijos, sigo tomando el mango de la pava gris, el mando negro de la noche que resplandece al día siguiente, queriendo que cada palabra sea percibida como si se tratara de un insecto repugnante, efímero. Entraña una contrariedad el arte de nombrar instantes que se oponen a la muerte.

## Muerte

Un útero de chocolate caliente es la muerte. Rico, extraordinario, llamativo. Cortale. ¿Vos entendés por qué las personas eligen cada vez más ser cremadas o los familiares por ellas, en caso de no haber dejado nada escrito o dicho? Para mí es un indicador. La muerte rápida. Hablar. Andar. Trabajar. Amar. Correr. Mirar. Así no se disfruta nada y querés lo que no tenés. Y cuando lo tenés ya querés ser otro. Con el corazón parado, de pie, aunque deba permanecer acostada. En mi caso yo ya avisé. A mí me velan durante, por lo menos, una semana. Si les doy impresión, háganme poner una máscara de yeso en la cara que sea pintada por una artista. Mi cuerpo lánguido. Mis ojos abiertos aunque en ese momentos estén cerrados para siempre. A no ser que el artista quiera pintarme con los ojos cerrados como si estuviera dormida. Ningún problema. No quiero que mi cuerpo desaparezca rápido después de tanto trabajo. Sería una injusticia. Desde los doce años. Clases particulares, el secundario, el profesorado, la especialización, la maestría, la universidad, la otra, la de más allá, el normal, la dirección, la cantidad de secuencias didácticas, a, b, c, d, separadas en la mente de un niño hasta que las va uniendo. Un collar infinito el lenguaje para que corten así no más el ganchito que llevo puesto y me desparramen. Cada día a las seis de la mañana. Mate. Ducha. Saco el auto. Cada uno de mis hijos con sus mochilas revisadas. Los guardapolvos planchados y cosidos. Están bien, vayan y aprendan. A las diecisiete horas regresar. Hacer mandados. Pelar verduras. Poner la carne. Esperar. Tomar una copa de vino. Salir al balcón y fumar. Mirar las plantas. Transmitirles mis silencios sobre las cosas. Transmitirles las palabras que nadie sabe. Ni siquiera yo. Sólo los bordes. Nervaduras. Esqueletos que fosforecen lo que podría ser. Cuánto trabajo poner las ideas patas para arriba. Una limpieza general. Quedamos agotados y contentos. Respiramos mejor. Distribuyamos tareas. Hagámoslas rotativas. Vos un día una cosa y al otro día otra cosa. Que cada uno sepa leer y limpiar el inodoro. No se te caen los anillos. Pensar cada mañana que el aula es un país. Al chico le das tus palabras dulces y calientes. Es cuestión de repetir un camino contrario a la apariencia, el rancho aparte, el cirujeo. Al compartir ese criterio en cada ámbito te cambia todo. Ya va llegar ese momento en el que sientas distinto. Vas a ver. Espero que yo también pueda sentirlo con mis ojos enyesados. Es una forma de estar atenta. No como esos churros directo al horno en una cinta mecánica. Salís quemado. Quiero aprender sobre las despedidas. No vamos al supermercado. Qué lindo producto. Lo compro. Lo como y listo. Ver para creer que, quienes ven una vida con un corazón parado, no ven una vida con otro preso o detenido. Es una imagen que se completa con las miradas de quienes estuvieron. No en ese momento final sino en el camino. Quiero estar quieta para recordar a cada uno. Es la hora de mi piel, no de mi cabeza, la que se despide. Que haya mucho bullicio, como en un congreso, cena con amigos, un recreo.

## **Tamara Domenech**

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora de Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

[tiempodorado.com](http://tiempodorado.com)

[www.instagram.com/tadomenech](https://www.instagram.com/tadomenech)

[www.instagram.com/ediciones.presente](https://www.instagram.com/ediciones.presente)